

PREMIO DE RELATO CORTO
«LAS REDES DE LA MEMORIA»

2008

«OROIMENAREN SAREAK»
KONTAKIZUN LABURRAREN SARIA



**PREMIO DE RELATO CORTO
«LAS REDES DE LA MEMORIA, 2008»**



**«OROIMENAREN SAREAK, 2008»
KONTAKIZUN LABURRAREN SARIA**



1ª Edición

Responsables de los textos: sus autoras/autores

Responsable de esta edición: Globalkultura Elkartea

Web: <http://globalkultura.net>

Pedidos: info@globalkultura.net

ISBN-13: 978-84-96755-24-6

ISBN-10: 84-96755-24-X

Depósito legal: BI-2409-09

Según la Definición de las obras culturales libres, son trabajos libres aquellos que permiten las siguientes libertades:



- usar el trabajo y disfrutar de los beneficios de su uso
- estudiar el trabajo y aplicar el conocimiento adquirido de él
- hacer y redistribuir copias, totales o parciales, de la información o expresión
- hacer cambios y mejoras, y distribuir los trabajos derivados

Este es, por tanto, un trabajo libre. Los experimentos descritos en este libro pueden realizarse y disfrutarse sin límite alguno. Puede estudiarse el trabajo y aplicarse el conocimiento adquirido de la información vertida en este libro.

Eres libre de copiar, fotocopiar, distribuir y comunicar públicamente la obra completa o de una parte, y puedes hacer y proponer cambios o mejoras y distribuir los trabajos derivados de éste bajo las condiciones siguientes:

- 1ª Debes reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por los autores y la editorial, pero no de una manera que sugiera que tienes su apoyo o apoyan el uso que haces de su obra.
- 2ª No puedes utilizar esta obra, ni las obras derivadas del uso de ésta, para fines comerciales.
- 3ª Si alteras o transformas esta obra, o generas una obra derivada, sólo puedes distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a esta.

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales de sus autores. Para poder citar correctamente, agradeceríamos que se hiciera de esta manera: *De la obra «Las redes de la memoria-2008-Oroimenaren sareak», VV.AA. Globalkultura Elkartea. Editado por A Fortiori Editorial, 2009.*

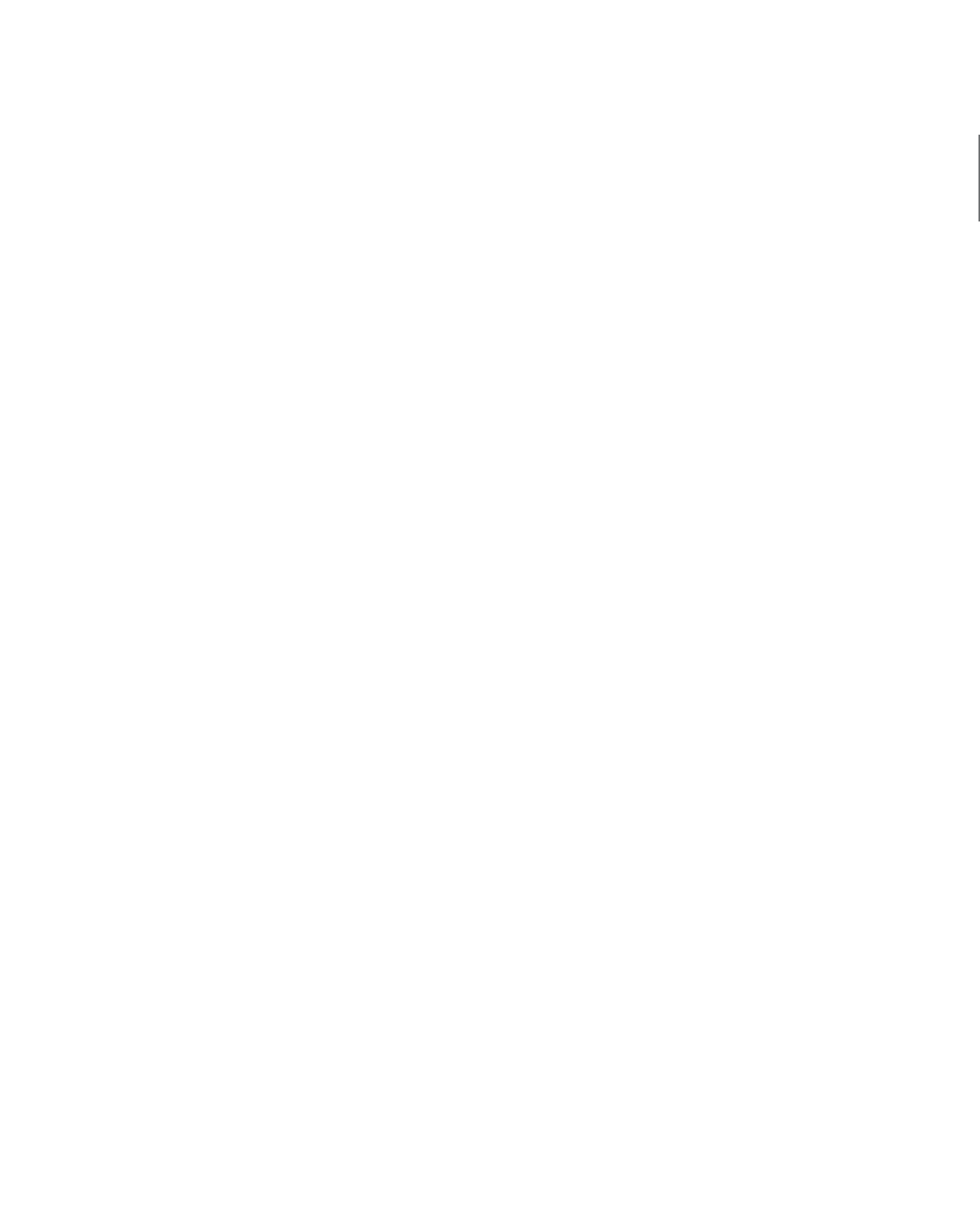
SARRERA

Globalkultura Elkarteak, Bizkaiko Foru Aldundiko Kultura Sailaren laguntzarekin, «Oroimenaren Sareak, 2008» Kontakizun Laburraren Sarirako deialdia egiten du. Helburua herritarren sentsibilizazioarekin jarraitzea da, gure iragana ezagutu eta mantentzeko garrantziaren gainean.

Globalkultura Elkarteak hurbilen dugun historia berreskuratu nahi du, idazleen begirada arretatsutik aztertuta. Pertsonen istorio onenak, gure ohiturak, gure bizimodua, gure herrialdea, gure ohiturak, ametsak eta lorpenak; mendixka, muino eta mendietatik hasi eta lanabes, itsasontzi, makina, ogibide, fabrika eta baserrietaraino, XX. mendeko Bizkaiko ogibide, objektu eta toki ezberdinetaraino izan ahalko dira kontakizun hauen xede.

Eta oroitzapenak edo sormen literarioa bultzatu eta pizteko, eleberria postal edo argazki batetik abiatuz gauzatzea proposatzen dugu. Globalkultura Elkartearen web orrialdean, 1901 eta 2000 arteko data duten postal batzuk jarri dira, eta parte-hartzaileek horiek erabili ahalko dituzte horien gainean idazteko. Jada argitaratutako argazki batean edo familiaren inguruko argazki batean oinarrituz ere idatzi ahal da.

«Memoriaren sareak, 2008» Kontaketa laburraren Sariko Epaimahaian Mariasun Landa Etxebeste Andr., Xabier P. DoCampo Jn., Seve Calleja Pérez Jn., Javier Vizcaíno Nieto Jn., eta Iban Zaldua González Jn. egon dira.



PRESENTACIÓN

Globalkultura Elkartea, contando con la ayuda del Departamento de Cultura de la Diputación Foral de Bizkaia, ha convocado el Premio de relato corto «Las redes de la memoria, 2008», cuya finalidad es la de continuar con el objetivo de sensibilizar a la ciudadanía sobre la importancia de conocer y preservar nuestro pasado.

Globalkultura Elkartea pretende rescatar nuestra Historia más inmediata a través de la mirada atenta de las escritoras y los escritores. Las mejores historias de las personas, nuestras costumbres, nuestra forma de vida, nuestro país, nuestras tradiciones, sueños y logros; desde los cerros, lomas y montes, hasta las herramientas, embarcaciones, máquinas, oficios, fábricas y caseríos, incluidos los distintos objetos y lugares de la Bizkaia del siglo XX, han podido ser objeto de estos relatos.

Y para provocar y estimular el recuerdo o la creación literaria, el detonante de la narración lo ha constituido una tarjeta postal o una fotografía. De la página web de Globalkultura Elkartea se han colgado algunas postales fechadas entre 1901 y 2000, que las y los participantes han podido tomar para escribir sobre ellas. También se podía escribir basándose en una fotografía ya publicada o en una fotografía de su entorno familiar.

El jurado del Premio de relato corto «Las Redes de la Memoria, 2008» ha estado compuesto por Mariasun Landa Etxebeste, Xabier P. DoCampo, Seve Calleja Pérez, Javier Vizcaíno Nieto, y Iban Zaldua González.



Gabarras cargadas de carbón atracadas en los muelles de Ripa, en la margen izquierda de la Ría. El carbón para usos domésticos, para el abastecimiento rápido de vapores, serrerías y otras actividades industriales de menor cuantía, era almacenado en gabarras a lo largo de la Ría para ahorrarse el coste de almacenaje en tierra.

El de Ripa era un muelle muy estrecho pues servía de base para la vía del ferrocarril Bilbao-Portugalete. Era tierra baja, tanto, que se inundaba con mucha facilidad.

Fotografía cedida por la Autoridad Portuaria de Bilbao

PRIMER PREMIO

MODALIDAD CASTELLANO

**CARBÓN
EN LA PIEL**

CARLOS BAJO ERRO

Josemari se miraba las manos sentado en el portal. Simplemente buscaba un resquicio de su piel debajo de la capa de polvo negro que las cubría. Las miraba fijamente. Las giraba. Miraba entre los dedos y los pliegues de las falanges. No encontraba ni una sombra de palidez, la hulla lo había cubierto todo. Había pasado el tiempo desde que empezó a trabajar en la descarga. Al principio las líneas de sus manos se mantenían blancas. Cuando las limpiaba, el agua se quedaba negra, pero él volvía a recuperar el color de su piel.

Con el paso de los meses había empezado a utilizar un cepillo de cerdas duras para arrancarse el polvo del carbón y cada vez resultaba más difícil. Parecía que se iba incrustando en su piel y las manos ya no quedaban del todo blancas. Incluso los domingos, la piel de sus palmas era de un color grisáceo.

Empezó a llover y Josemari dejó que el agua le resbalase por las manos, con las palmas abiertas hacia el cielo. Las gotas que chorreaban en el dorso de las manos eran sucias, pero la piel seguía sin aparecer. Ahora la superficie de los dedos estaba cubierta de callos ásperos y se había convertido en un refugio inexpugnable para el polvo. Ni siquiera el cepillo había logrado desalojarlo en los últimos meses. Ni siquiera los domingos

había conseguido que la piel de sus manos volviera a asomar. Había desistido. Asumía que el carbón formaba parte de su piel y, cuando le daba la tos, se tapaba la boca con el dorso de la mano y se limpiaba la boca con el antebrazo después de escupir pensando en el capataz.

Estaba en el portal y no tenía coraje para entrar en casa. Seguro que haría frío como las últimas semanas. Hacía ya casi un mes que la temperatura había bajado, que la humedad se colaba por las ventanas y que la vivienda era un lugar helado. Fue por eso por lo que empezó a meterse los trozos de carbón en la pechera de la camisa. No podía ser. No podía pasar nada. Las gabarras estaba repletas de carbón y él sólo necesitaba unos trozos para echar al brasero. Con unos pocos pedazos la casa se caldeaba un poco y las noches se hacían más aguantables.

La primera vez que lo hizo, cuando ya en casa se quitó la camisa, su mujer le miró con un gesto de desaprobación. Pero cuando el carbón empezó a quemarse en la estufa, la mueca se transformó en una sonrisa cómplice. Nadie salía perjudicado con aquello y la casa era mucho más agradable. ¿Qué había de malo?

El invierno había ido pasando. El polvo se había ido incrustando más profundamente en las manos de Josemari, pero casi no le importaba no poder arrancarlo de su piel cuando, cada día, de vuelta a casa, dejaba caer disimuladamente los pedazos de carbón que ocultaba dentro de la camisa. Cada vez fue importando menos que a la ropa le costara limpiarse. Lo único importante

era que en el brasero no faltaba el carbón. Era lógico. Josemari se pasaba el día enterrado hasta la rodilla en la hulla y a golpe de pala la trasladaba a las carretas que la sacaba de los muelles. No era fácil, la espalda se le quedaba tensa por las noches y las manos doloridas. Debajo del polvo que las cubría ya no había piel, había algo parecido a la madera del mango de la pala que usaba. Si se dejaba la salud en aquellas gabarras, ¿qué menos que un poco de calidez en su casa por las noches?

No lo debió de pensar así el capataz. La verdad es que Josemari tampoco tuvo la oportunidad de explicárselo. Quizá lo habría entendido porque en realidad nunca le había parecido mala persona, pero no le dio la posibilidad. Cuando le vio meterse unos trozos de carbón en la pechera, empezó a gritar. Aquella escena no era necesaria. Se podía haber acercado y haberle dicho que le había visto. Josemari se habría avergonzado tanto que no lo habría vuelto a hacer. Habría preferido pasar frío por la noche que sentir el bochorno de saberse sorprendido. Pero no. Aquel viejo borracho prefirió hacer las cosas de la peor manera y empezó a gritar. Primero le decía que qué estaba haciendo, que le había visto y Josemari trataba de quitarle importancia. Pero el capataz se iba poniendo cada vez más agresivo y le seguía gritando. Le dijo que le iba a denunciar y Josemari trató de evitar problemas, contestando que dejaría el carbón. Pero el viejo no se convencía y comenzó a insultarle, le dijo que era un ladrón, un pordiosero, un aprovechado y Josemari quiso salir de allí antes de que las cosas empeoraran.

Miró a su alrededor y vio que los compañeros le miraban sin saber qué hacer, con un gesto mitad de comprensión, mitad de impotencia. Y aquel borracho gruñón no se daba por vencido, le agarró de la pechera de la camisa y le zarandeó. Josemari se quedó inmóvil, dejando que le removiese. Le miró a los ojos buscando una luz de humanidad, pero sólo vio rabia y vino. Le olía el aliento a alcohol y Josemari empezó a pensar que aquél tipejo no era mejor que él y empezó a ponerse nervioso. Notó que en las sacudidas se le desprendía la paciencia. El capataz insultó a sus padres y a su mujer y el tiempo se paró de repente. La gabarra desapareció, todo lo que había alrededor se esfumó y Josemari sólo vio los ojos vidriosos de aquel energúmeno. Se sacudió, dio un paso atrás entre el carbón y, de una sonora bofetada, le cerró la boca.

El viejo, al principio, se quedó sentado sobre la carga del barco, totalmente paralizado. Josemari dio cuatro zancadas largas y, con un salto decidido, dejó la gabarra y subió al muelle. A medida que se alejaba, escuchó que el capataz empezaba a gritar otra vez, pero él ni siquiera se giró. Siguió caminando en dirección a casa.

Sentado en el portal, seguía mirándose las manos. La lluvia no podía arrancarle el polvo negro que seguía incrustado en su piel. No estaba asustado, estaba preocupado. Al ponerse de pie notó que los trozos de carbón que llevaba bajo la camisa le golpeaban en la barriga. Abrió la puerta de la casa y pensó que hoy el brasero tendría combustible. Mañana sería otro día.





Atxarteko harrobiak, Bizkaiko Abadiño herrian. Gaur egun bertan behera utzita daude. Garai batean, berebizikoak izan ziren Euskal Herriaren ekonomiarako, bertako materialarekin fabrikak eta eraikinak egiten baitziren. Harrobietako ustiaketari utzi ziotenetik, Atxarteko hormetan gora eskalatzailak dira nagusi.

LEHEN SARIA

EUSKARAZKO MODALITATEA

KANTERAKO
HARRIA BAINO
GOGORRAGO

MIKEL AZKARRAGA
ETXEGIBEL

Negu bete-betea zan eta itzelezko hotza egiten eban. Amama eta Aintzane txikia baserriko ezkaratzean egozan, txaparen kontrara, berotan. Amama, aulkitxo baten jarrita egoan, neskatoarentzat negurako jertse bat egiten. Galtza sendo-sendoak zituen jantzita amamak, eta hankapean, adreilu bero bat eukan trapu batean batuta, zulo bako adreilua. Txapan sartzen eban adreilua, ondo berotzeko. Gero, trapu batean batu eta lurrian ipintzen eban, hankak gainean jarteko. Ohera orduko be, beste berotu bat emoten eutsan adreiluari. Barrero trapuan batu, eta ohera eroaten eban. Eta halan, hankak bero bero, biharamunerarte. Aintzane amamaren ondoan egoan, zutunik, haren esku zaharkituei eta jertseari begirik kendu barik. Jertse dotorea egingo eutsan, gorria. Jertsea egiten hasi aurretik, amamak hiru koloreko lanea emon eutsan aukeran: zuria, grisa eta gorria. Eta neskatoak jertse gorria gura ebala esan eutsan. Lantzean behin, jertsea altzoan itxi, eta txapa ondoan eukan zaku batetik eskukada bat zezpal ataraten eban amamak. Gero, txaparen goiko zirrindolak txapa-burdinarekin kendu, eta txapa barrura botaten zituen zezpalok, suak indarra ez galtzeko. Eskua txapa barruraino sartzen eban ia, eta Aintzane txikiak eskua erre egingo ebala pentsetan eban beti. «Kontuz, amama», urtetan jakon barru-barrutik.

«Ume, ez dot ondo ikusten eta antiojuak behar ditut, ba, jertsea ganoraz egiteko! Kuartuko mesanotxearen gorengo kajatxoan egongo dira, koloretako hari batzuekin batera. Zoaz eta ekarri egidazuz», esan eutsan amamak. Aintzane txikia arineketa batean joan zan. Bueltan, esku batean antiojuak eta bestean argazki bat ekarren. «Amama, erretrato hau be topatu dot kaja barruan. Ze leku da?», galdetu eutsan neskatoak argazkiari apur bat harrituta begira egoala. «Ondo egon da, ba, egon dan lekuan! Ez niri galdetu. Zoaz aittittengana, ia berak zer dinotsun. Baina juen aurretik emoidazuz antiojuak», erantzun eutsan amamak.

Aitita beheko suaren ondoan egoan, bere butakan jarrita, Arantzazuko egutegiaren orritxoak irakurten. Normalean, egunean egunekoa irakurten eban, baina batzuetan, baserriko beharrak zirala-eta ez eukan astirik irakurteko, edo ahaztu egiten jakon. Gero, egun horretarartekoak bata bestearen atzean irakurten zituen.

«Aittitte, ze leku da hau? Etxea da? Baten bat bizi da bertan?», galdetu eutsan argazkia erakutsita. «Erdu hona hotzitu orduko, ume, eta jarri neure altzoan. Apatxi! Ez da etxea, eta ez da inor bizi hor», erantzun eutsan aititak Arantzazuko egutegitakoa beheko suaren gaineko apalean itxita. «Herriko kantera da hori. Hamahiru urte neukazanean kantera horretan hasi nintzen beharrean. Hargina izan nintzen. Hori izan zan urte askoan nire ofizioa, auzoko jaietako azken bolo txapelketa egin zan egunerarte. Makina bat ordu emon ditut, bai, ditzosozko

kantera horretan beharrean! Larregi! Baina urte horretako bolo txapelketan kanterara barrero ez joatea erabaki neban. Artaldea erosi eta artzaina izan naz harrezkero». Aintzanek sei urte baino ez eukazan, baina ondo igarri eutsan aititari kanteraren gainean berba egiterakoan erdi hasarre egoala.

«Egunero, goizeko seiretan jagi, eta kanterara joaten nintzen», jarraitu eban aititak. «Ordubeteko bidea neukan oinez kanteraraino, eta goizean goiz urten behar etxetik. Behar gogorra zan kanterakoa. Eskerrak sikeran Juanitoren ondoan egiten nebala beharra. Itzela zan Juanito! Berbatia eta txiste kontalari ona. Zer zan umoretsua gero! Harek emoten eutsan gatza eta piperra beharrari. Beragatik ez balitz, ez dakit zer egingo neukan be kanteran! Nik baino hiru urte gehiago eukazan. Ezagutu nebanean, berak hamasei. Nire lehelengo behar-egunean, bazkalordurako haustuta amaitu nebala daukat akorduan. Ez nengoan kanterako beharrera ohituta. Hor egunean beharrera ordurako heltzea zan nire ardura bakarra, eta jatekoa eroatea be ahaztu egin jatan. Bazkalorduan kanterako behargin danek ogitarteko bana atara eben zorrotik. Nik ez neukan ezebe, eta koporik egin barik harri txikienak altzetako gauza be ez nintzen izango. «Eutzi, Basilio, tripotx-tortilla hau janda indarbarrituko haz barrero», esan eustan Juanitok irribarrea ahoan, traputxo batean batutako bokadilloa eskura emonda. «Inoz baino gehiago armosau jjuat gaur, eta fruta apur bataz nahikoa jjekuat». Ezebe jan ez da be, inork baino behar gehiago egingo eban Juanitok, gogor-gogorra zan-

eta, kanterako harria baino gogorragoa. Harrezkero, egunero eroan neban jatekoa kanterara. Bokadillo bat eta fruta apur bat. Hauts artean jaten genduan beti. Eskuak eta aurpegia be hautsez beteta geunkazan, baina astirik bez erre kara bajatu eta garbitu bat emoteko. Buruan pañelua jartzen neban beti, lau morapiloz lotuta, eta Juanitok txapela, baina halan da be, hautsa belarrietatik eta sudur zuloetatik be sartzen jakun. Beti moku baltzak aldean».

Aititaren moku baltzen kontua entzun, eta barreka baten hasi zan Aintzane. «Barre egiten dozu, ume?», aititak be erdi barreka. «Kanteran harea eta txirte batzen genduan gehien bat, zestokadak», jarraitu eban aititak. «Gero, hare, harri eta txirte hori obretan ebalten eben, etxeak eta danetarik egiteko. Kamioietan eroaten eben. Kamioi bat bete, eta hurrengo baten zain geratzen ginen. Batzuk kamioiak bete bitartean, beste batzuk karabira joaten ginen, karea egiten. Kanteraharria, 'atxarria' esaten deutsagu guk, bagoneta batzuetan kargetan genduan, eta bagonetok errailetik karabiraino eroaten genduazen. Karabia sutan egoten zan beti. Goitik harria eta ikatz hautsaren masa botaten genduan karabira. Suak erre egiten dau harria, eta holan egiten da karea. Gero, kare hori karabiaren beheko aldetik ataraten genduan. Solorako abonua zan karea. Guk arbi denborarako ebalten genduan batez be, arbia ereiteko. Karabia domeketan be egon behar izaten zan sutan. Zenbat domeka egon garen kargak botaten... Jangoikuek baino ez daki! Gehienetan Juanito ta biok joaten ginen. Eta

halako domeka batean, Juanitok, bere ametsa kontatu eustan. Kanteratik etxera bueltan, gauza bat erakutsi gura eustala esan eustan. Bere baserri-etxeko etartean, egurrezko mahai baten gainean, harrizko etxe bat eukan, kalabaza baten neurrikoa, eta ondoan zintzela eta mailua. Kantera-harria zala esan eustan, berak landutakoa. Artista zan Juanito harriak lantzen! Etxetxoaren aurreko aldean 'Auzoko eskola' jartzen eban. «Hori da nire ametsa, Basilio, auzoan eskola bat egitea, guk euki ez dogun eskola euki dagien gure seme-alabek, eta gure seme-alaben seme-alabek», bota eustan emozioz beteta.

Aitita isilik geratu zan apur batean, beheko suari begira. «Domeka arratsaldetan boluetan egiten genduan auzoan», jarraitu eban. «Lagun egin ginenetik, Juanitorekin joaten nintzen beti. Oso ona zan Juanito boluetan. Frontoiaren ondoan egoan bolalekua. Pista luze bat zan, eta pistaren amaieran hiru txirlo ipinten genduazan, arkalen segidan, metroko aldean. Bakoitzak jaurtiketa bi geunkazan. Bola eskuan hartu, bolaren zulo bietan atzamar bana sartu, eta jaurti! Bolak lurreko ohola jo, eta eskumakaldeko gorako kanal edo bidetxoa hartu behar eban, handik jausi barik. Jaurtiketa biren ostean txirlo gehien botaten zituenak irabazten eban. Han ibiltzen ginen posturak egiten, bi baietz, hiru ezetz... Beste lagunek jaurtitzen eben bitartean, Juanitok eskola eukan buruan bueltaka beti. Frontoiaren eta bolalekuaren ondoan egingo genduala esan eustan, haixe zala lekurik aproposena. Eta behin, tabernan basoerdi bana hartzen gagozala lagunartean, Juanitok eskolaren kontua atara

eban. Auzoan eskola bat altzatu beharko genduala esan eban. Lehelengotan ahobete hagin geratu zan han batutako jende dana. Baina apurka-apurka, edanak be zeozertxo lagunduta, bakoitza bere eritzia emoten hasi zan, eta eskola beharrezko genduala jabetu ginen danok. Hurrengo egunean bertan hasi ginen eskola altzetan, arratsaldean. Batzuk fabrikatik bueltan etorri ziran, beste batzuk soloko beharrak egitetik. Juanito eta biok kanteratik bueltan. Nekatuta gengoan danok, egun osoa beharrean emon genduan-eta, baina itzelezko ilusinoagaz eskola egiten hasteko. Errekara joan eta ahalik eta harri gehien eroan genduazan frontora, karretilakadak. Harekin harriekin hasi ginen eskolako hormak altzetan. Hamazortzi bat hilabete emon genduazan holan, gure denbora librean eskola altzetan eta boluetan egiten. Azkenean, Juanitoren harri landua benetako eskola bihurtu zan. Bere ametsa bete egin zan. Eskola amaitu genduanean, Juanitok gauzatxo bat falta zala esan eustan, eta ia gabez bere baserrira joango nintzen, behar baterako laguntzailea behar ebala-eta. Pozik joan nintzen. Eartean topatu neban, astoa karruari lotzen. «Igoik karrure, Basilio, kanterara goiezak-eta, lapurretan», esan eustan begiarekin keinu eginda. Kanterako beheko partean, sasi artean, harri haundi luzenga bat eukan gordeta. Pisu haundia eukan, eta bion artean igo genduan karrura. Lapurretan ibiltzeak ez eustan ardura, non eta kanteran, baina haitzari begiratuta pena hartzen neban, mendia apurka-apurka jaten genbizelako. Eta halantxik esan neutsan Juanitori. «Arrazoie deukek, Basilio, baina kantera txarri honek emoten deuskuk jaten, ez ahaztu. Ganera, guk ez

bajjuau egiten besteren batek egingo jjok, eta ez egiok buruari hainbeste buelta emon». Gero, etxerako bidea hartu genduan. Handik astebetera bere baserrira joateko eskatu eustan barriro. «Kantera-harriak etxok eskolako hormak egiteko balio, baina honetarako bai», esan eustan kanteratik ostu genduan harriari harro-harro begira. Beste itxura bat emon eutsan harriari, askoz ederragoa. Eguzkilora bi landu zituen harrian, alde bakoitzean bat. Eta erdian, letra haundi eta polit-politekin berba bi: 'Auzoko Eskola.' «Detaile hau falta jjuan beste eskola txiki honen anaia nagusia izateko», esan eustan mahai gaineko etxe txikiaren teilatuan eskua jarrita. Artista zan Juanito, bai. Harria barriro karru gainean jarri, eta eskolara joan ginen. Bion artean eskolako atearen gainean jarri genduan harlandu luzenga. Orduan bai, orduan baegoan amaituta eskola», esan eutsan aititak Aintzaneri.

Neskatoa altzatu, eta ezkaratzeko leihora joan zan, euren baserritik auzoko eskola ikusten zan-eta. «Zuk eta zure lagunek egin dozue gure eskola?», galdetu eutsan aititari leihotik eskolari begira egoala. «Bai, ume, auzotar danon artean egin genduan. Zer da eskolaren ederra, ezta?», eta Aintzane baietz egiten eban buruaz gora eta behera eginda.

«Eskola amaitu eta handik astebetera auzoko jaiak ziran, eta jaietan bolo txapelketa egitea pentsatu genduan, eskola amaitu genduala zelebretako», jarraitu eban aititak. «Txapelketa barikuan egitea pentsatu genduan, beharretik bueltan, donien

atxa altzatu ostean». Orduan, aitita, lurrera begira geratu zan, begi tristeekin. «Bariku madarikatu hori ez dot sekula ahaztuko», jarraitu eban. «Hilean birritan-edo dinamita jarten genduan kanteran, harria atarateko. Barikuetan erregular. Arriskutsua izaten zan, eta tiroak baino lehenago adarra jotzen eben abisu emoteko. Bost minuturen faltan, hiru bider jotzen eben adarrori. Minutu biren faltan birritan, eta tirue amaitutakoan, behin. Hor egunean, adar-soinu bakarra entzun, eta gure gordelekuetatik urten genduan. Barriketan gengozala, beharginetako bat zarataka hasi zan. «Kontuz harri horregaz, kontuz...», esan eban. Kanterako horman erdi eskegita egoan harri bat gure ganera jausi zan. Nik justuan libratu neban, baina Juanitok ez. Buruan hartu eban kolpea. Blaust jausi zan lurrera, konortea galduta. Odol batean egoan, eta hil egin zala pentsatu genduan lehelengotan, baina arnasa hartzen eban. Segituan eroan genduan medikuarenera, karruan. Halako batean, bidean, begiak zabaldu zituen. «Kantero txarria», esan eustan, orduan be begiarekin keinu eginda eta irribarretsu. Zauria garbitu, eta benda haundi bat ipini eutsan buru bueltan medikuak. Pare bat egunean behintzat ohean egoteko esan eutsan, eta ezelango beharrik ez egiteko».

Aintzanek zabal-zabalik zituen begiak. Eta ezkerreko eskua aho parean, sinistu ezinda balego modura. «Baina arratsalde horretan, donien atxa altzatu ostean, bolo txapelketa jokatu behar genduan, eta Juanitok bertan egon gura eban, eskolaren inaugurazioa egin behar genduan-eta», jarraitu eban aititak.

«Medikuari jaramonik egin ez, eta han non agertu zan, buru bueltan benda haundia jarrita. Donien atxa altzatu ostean, bolo txapelketarako txandak egin genduazen. Ni hirugarren nintzen, eta Juanito hamaikagarren. Txirlo bi baino ez nituen bota nik, jaurtiketa bakoitzean bat, eta banekien ez nebana irabaziko. Juanitok, ostera, txirlo bi bota zituen lehelengo jaurtiketan. Bigarren jaurtiketan hirurak bota behar zituen irabazteko, bost egiteko guztira, auzoko beste batek lau bota zituen-eta. Bola eskuan hartu, eta eskolari begiratu eutsan. Irribarreak urten eutsan. Gero, txirloei begiratu eta indartsu jaurti eban. Hirurak bota zituen. Auzoko danak bibaka hasi ziran, baina halako batean, blaust jausi zan barriro Juanito, baba zakuaren moduan. Buruan odolbatua euki eban, eta ez zan barriro altzatuko. Kantera horrek nire lagunik onena eroan eban, eta harrezkero ez naz bueltatu hara barriro».

Aintzanek busti-bustita zituen begiak. «Baina Juanitoren ametsa bete egin zan, ume, eta eskola ederra daukagu auzoan. Dagoan lekuan dagoala, harro-harro egongo da gure Juanito», esan eutsan aititak, eskuarekin negar anpuluak kentzen eutsezan bitartean neskatoari. Gero, Aintzanek eskuan eukan argazkiari begiratu eutsan aititak. «Aspaldi egin behar neban gauza bat eskatu behar deutsut», esan eutsan neskatoari. «Zer aittitte?». «Bota egizu erretrato hori surtara». Aintzanek baiezko keinua egin, eta beheko sura bota eban. Argazkia zezpal artean erre zan. «Beste erretrato bat erakutsi gura deutsut, ume. Baina, tejabanau dau, armairutxo baten gordeta, eta jantzi egizu

ganetik zeozer, kanpoan hotz egiten dau-eta», esan eutsan gero aititak. «Ze erretrato da, aittitte?». «Eskolari ataratakoa. Juanito ta biok be agertzen gara. Erretratoari marko polit bat ipini, eta ezkatzean eskeiko dogu. Zer ereizten deutzazu?». Aintzaneke baiezko keinua egin eban buruaz, txaketa sendo bat jantzi bitartean. Ezkaratzeko atea zabaldu, eta tejabanara joan ziran aitita eta Aintzane txikia, eskutik ebatuta, argazki bila.





En 1955 hubo una gran nevada en Bilbao, que quedó inmortalizada por numerosas fotografías. En esta podemos contemplar uno de los desaparecidos trolebuses que habían comenzado a circular en Bilbao el 23 de Junio de 1940.

Se trataba de un híbrido entre tranvía y autobús que revolucionó el transporte público. En 1957, el trolebús alcanzó la cifra de 37 millones de viajeros en Bilbao. El trolebús formó parte del paisaje bilbaíno hasta 1978

MODALIDAD CASTELLANO

ACCÉSIT

**EL BOU
SOLITARIO**

**FÉLIX G. REMÍREZ
SALINAS**

Me lo dijeron nada más entrar al café. La policía secreta había estado buscándome. Andoni, que fue el que me llamó a un aparte, estaba seguro de que venían a detenerme. Sin siquiera quitarme el abrigo, decidí regresar a casa. Salí y levanté el cuello de mi gabán al sentir el frío de la avenida. El viento de aquel día de febrero era racheado y me agujoneaba la piel del rostro. Seguía nevando y una capa esponjosa y blanca cubría las calles. Las ramas mutiladas de los tilos de la Gran Vía, semejantes a dedos que apuntaran a lo alto, parecían acunar la nieve que sobre ellas se iba acumulando mientras un par de barrenderos intentaban infructuosamente abrir un sendero en la calle con unas palas. Caminé sin apresurarme, en parte porque el hielo me lo impedía y en parte porque pensé que debía mostrarme tranquilo para no generar sospechas. No podía imaginarme los motivos por los que me perseguían. Llegué a la parada del trolebús y esperé sin que nadie alrededor pareciese percatarse de mi presencia. Los coches circulaban muy despacio, derrapando ligeramente al girar en la plaza Moyúa, y sin hacer apenas caso a las indicaciones de un guardia urbano más preocupado en guarecerse de la nevada que de los automóviles. Los humos de los gases de escape levantaban nubecillas de vapor

a medida que derretían la nieve que yacía sobre la carretera. Los minutos se me hicieron eternos hasta que, al fin, vi el trolebús que se acercaba con una lentitud desesperante. Las pértigas chisporroteaban mientras rozaban con los cables cubiertos de agua y nieve. Aunque aún eran sólo las cinco, tenía los focos encendidos y los limpiaparabrisas bailoteaban veloces sobre el cristal intentando despejar los copos que se adherían al mismo. Dejé que bajaran dos hombres que, al descender del trolebús, miraron hacia las nubes cenicientas que continuaban descargando la nevisca sobre la ciudad. Subí y mostré las monedas al revisor para que me diera el billete. Noté que no me miraba a mí sino a alguien detrás de mí. Fue entonces cuando sentí la presión de un objeto metálico en mi espalda, a la vez que una voz gritaba:

—¡Policía! Queda detenido. Levante los brazos y no mueva ni una pestaña. Bájese ahora mismo.

No entendí lo que estaba ocurriendo hasta tres días después, cuando tras haber recibido dos palizas y aterrado por mi suerte, un inspector enjuto, vestido con un traje marrón a rayas particularmente raído y una insignia falangista en el ojal, me leyó las acusaciones que pesaban sobre mí.

El '*Bou solitario*' era un cafetín pequeño del que ya nada queda cuando escribo estas líneas. Su dueño, Justino Induráin, había comprado el bajo de la calle Simón Bolívar a primeros de los cincuenta con la idea de abrir una taberna de las que

sirven desayunos tempranos y vinos vespertinos. Pero, dado que había ya un par de bares en las cercanías, finalmente se decidió por decorarlo como una cafetería con ínfulas de erudición y ambiente de ateneo. Pronto, sin que nadie supiese el porqué, se convirtió en el centro de nuestra vida de escritores jóvenes, diletantes y rebeldes. Quizá fuera por las copias de pinturas de Aurelio Arteta que Justino colgaba en los muros de ladrillo, por la luz siempre intimista que creaban los candiles de mesa velados por lienzos de colores o por los anaqueles repletos de figuritas exóticas. Entre la atmósfera densa por el humo de cigarrillos baratos debatíamos el futuro de la literatura una vez que el dictador fuera derrocado, lo cual siempre nos pareció que estaba muy cerca. A medida que los meses pasaron, el cafetín adquirió una fama legendaria –al menos eso nos parecía a nosotros– de albergar a lo más lúcido y granado de las artes bilbaínas. También a la policía le parecía sospechosa tanta reunión, pero a pesar de que, más de una vez, inspectores de paisano se pasaron por el local, nunca tuvimos percance alguno aparte de algunas peticiones altaneras de documentación.

Llegábamos hacia las ocho, después de salir unos pocos de la universidad, otros muchos de trabajos mal pagados. Justino nos servía una cena ligera que variaba entre sardinas asadas, tortillas de bacalao o ensaladas de lechuga adornadas con unas pocas rodajas de tomate. Charlábamos y discutíamos, con mayor vehemencia a medida que los vasos de pacharán

o chacolí iban siendo servidos, hasta casi las once, hora en la cual nos despedíamos con el pesar del que no desea ir a dormir, pero con la prudencia a la que obligaban los serenos y las leyes sobre vagos y maleantes.

No puedo recordar con exactitud cuándo fue la primera vez que asistió a nuestras reuniones María Sagasta. Debió de ser por septiembre del cincuenta y cuatro. El otoño, aquel año, llegó rápido y el viento comenzó a soplar sobre las hojas caídas cuando aún no habíamos sacado los gabanes del ropero. María era poetisa, o al menos deseaba serlo con toda su alma. Su aítá había muerto, siendo ella muy pequeña, en una prisión franquista después de ser capturado tras la caída de Bilbao y pasar más de cinco años detenido sin juicio. Su madre había salido adelante a base de dejarse la vista cosiendo a la luz de cirios que robaba en la iglesia. Había sido maestra en tiempos de la República y, firmemente convencida de que la educación era lo único que diferenciaba al ser humano del animal, había logrado dar una formación notable a María y a su hermano menor. Cada noche, les preguntaba qué habían aprendido aquel día en la escuela y, jornada tras jornada, contradecía la visión del mundo que los maestros del régimen les explicaban, asegurándose de que los dos niños supiesen por qué había batallado y muerto su padre. A pesar de que María pronto hubo de ayudar en casa trabajando como dependienta, nunca perdió sus ansias de aprender, y su curiosidad por la poesía se acrecentó a medida que crecía. Cuando cumplió los veinte,

María era una mujer hermosa e inteligente que ansiaba otra sociedad, pero lo suficientemente prudente para no caer en la locura. Aunque, ahora que lo pienso, el que una mujer asistiera a nuestras reuniones suponía tal osadía en aquellos tiempos que me aterro al imaginar lo que las gentes pensarían de ella. Mas nada de eso se nos pasó por la cabeza entonces, quizá por la inconsciencia de nuestra juventud o porque, como pensaba la policía, sólo éramos unos artistas chiflados.

María llegó acompañada de Vicente Iturriaga. Para ella era un amigo que le servía de tapadera para ir al café, pero él la consideraba su novia, aunque ni se le había declarado ni tenía valor para arriesgar su amistad preguntándose. Me pareció imposible que un chico como él pudiera aspirar a significar algo para una mujer como María. Si ella era brillante, él era aburrido. Si él pasaba inadvertido, la inteligencia de la joven era genuinamente espléndida. Su rostro tenía esa expresividad que cautivaba. Su personalidad me hechizaba. Sería o divertida, maliciosa o nostálgica, su personalidad me deslumbraba hasta el punto de que todo lo que ocurría en *'El Bou'* se difuminaba completamente. Cada uno de sus gestos, no digamos cada sonrisa, me atraía de una manera que me resultó incomprensible hasta que una noche, presa de la agitación que produce el amor joven, me juré a mí mismo que la idolatraría toda la vida.

Las tardes que venía al café, normalmente los jueves, yo procuraba llegar antes que los demás para poder sentarme en

aquella mesita del rincón donde sólo entraban dos sillas. Sabía que a ella le encantaba aquel recoveco, donde las sombras parecían arrullar las conversaciones y el aire se llenaba de la ternura que brota de las confianzas cercanas. A mí me encandilaba cómo su perfume parecía condensarse entre las esquinas de aquel ángulo. Reíamos y hablábamos. Ella me contaba de la ausencia del padre que casi ya no recordaba y de la complicidad con una madre fuerte y lúcida. Nos relatábamos los últimos rumores, todos de buena fuente, que auguraban la inminente caída de Franco. Me leía sus estrofas y yo, con sincera convicción, le decía que eran los versos más bellos que jamás había escuchado.

Para cuando llegó la navidad, me conocía de memoria todos sus poemas. La halagaba y ella se dejaba querer. Recomendaba sus poemas a mis amigos y, cuando la soledad de mi alcoba hacía que la extrañara con toda mi alma, recitaba sus textos hasta que mi madre, harta de oír voces a las tantas de la noche, me daba un grito para que me durmiera.

*Y será el viento del otoño el que me empuje a la vida,
arropada tan sólo con hábitos de hojas marchitas y sueños
deseados.
Tengo miedo al invierno si tu mano no sujeta mi errante
sobresalto.*

Yo estaba convencido, o quería estarlo, de que María Sagasta había escrito aquellos versos pensando en mí, y anhelaba ser la mano que la condujera por la vida.

El día anterior a Nochebuena volvió a nevar y, como niños encantados con los copos, salimos cinco amigos a pasear por el centro de Bilbao. María y su amiga Isabel, Vicente, Andoni y yo. Los escaparates tenían lucecitas de colores y belenes de papel recortado junto a grandes letras que deseaban felicidad y unas buenas pascuas. En algunas tiendas, un altavoz emitía villancicos. Entre las farolas colgaban cables de los que pendían, en obscena amalgama, las iluminadas estrellas de navidad con yugos, flechas y confalones que ensalzaban los logros del caudillo. En la esquina con la Alameda de Recalde, unos curas de larga sotana negra repartían invitaciones para la misa del día siguiente y pedían limosna para ofrecer una cena caliente a los indigentes el día de Nochebuena.

María vestía un abrigo claro y se había anudado una bufanda azul al cuello que hacía destacar el contorno atractivo de su rostro. Yo le hice bromas acerca de las botas de suela gruesa, forradas de lana, que le hacían parecer un esquimal. Y ella se rió de mi nariz enrojecida por el frío que, dijo, parecía la de un borrachín ahito de tinto. Incluso improvisó unos pareados imitando a Quevedo que tituló «era un 'moskorra' a una nariz pegado» mientras yo imitaba el caminar del que ha bebido más de la cuenta. Luego, riendo, me agarró del brazo y me hizo correr unos metros persiguiendo los destellos de las luces sobre las calles como si fuésemos chiquillos alocados. Andoni e Isabel nos seguían las bromas, pero Vicente parecía taciturno, fuera de lugar, sin entender las chanzas con las que

nos divertíamos. Incluso, por momentos, parecía molesto. Como siempre que le veía, me pregunté por las razones que María podía tener para seguir deseando su presencia.

Las fiestas se me hicieron eternas. Deseaba que pasaran para volver a la rutina de las tertulias, para sentir de nuevo el espeso ambiente de tabaco del café y, sobre todo, de hecho sólo por ello, para volver a ver a María. El día nueve de enero, jueves, todos llegamos temprano al Bou, tantas eran las ganas que teníamos de reunirnos. Me las arreglé para sentarme con ella en nuestro rincón y, cuando nos quedamos solos, le alargué un paquetito envuelto en un papel decorado con campanitas y hojas de acebo. Era mi regalo de Reyes. María se sorprendió y, encandilada como una niña ilusionada, lo abrió inmediatamente. Eran unos guantes, y recé para que le estuvieran bien. Le había escrito una notita en la que, bajo el seudónimo de Rey Melchor, le decía que unas manos tan hermosas como las suyas merecían protegerse del frío. Ella me miró con una sonrisa tan maravillosa que a punto estuve de levantarme y besarla con todo el amor que me desbordaba. No tuve valor para hacerlo. Ella clavó sus ojos en los míos, me miró fijamente durante largo tiempo y, finalmente, agarró mi mano y se la llevó a sus labios, besándola.

–No hagas eso –dije, turbado– Vas a hacer que parezca un cardenal.

–Gracias de todo corazón. Sabes que no pienso en ti como en un cura. ¿Lo sabes, verdad?

No hicieron falta más palabras. Buscamos una excusa insulsa y nos marchamos. La besé nada más salir, ante el escándalo de unas señoras que imploraron el perdón divino por el pecado que se abatía sobre la patria. Se colgó de mi brazo y, simplemente, caminamos. Me sentía como un pavo real vanagloriándose de haber sido elegido por la mujer más extraordinaria del universo. Cuando torcimos hacia la calle Urrutia miré, casi por casualidad, hacia atrás, y por un instante creí ver la figura de Vicente que nos miraba desde lo lejos.

Las semanas que siguieron fueron las más felices de mi vida. Dejamos de pasar por el '*Bou solitario*' porque el mundo se terminaba en nosotros dos. Ella me escribió versos que aún sé de memoria. Yo la adoré cada tarde cuando, tras el trabajo, nos juntábamos para ir a tomar un chocolate con churros o un bollo en la cafetería de la plaza de Indautxu. Cada anochecer era una pugna contra el reloj que, siempre, corría demasiado en contra de nuestras ansias de permanecer juntos. Resolvimos todos los problemas del mundo en conversaciones infinitas, dedicamos horas a explorar nuestros rostros tan sólo mirándonos, y aprendimos a sentir entre recodos de parques y portales vacíos, con más de algún susto que nos dieron los serenos.

Llegó febrero y empezó a nevar con fuerza. Los tejados se cubrieron pronto de blanco y el estanque se heló. Nos gustaba la nieve. Con los guantes que yo le había regalado, hacía bolas de nieve que lanzaba sobre mí con certero acierto. Y si no lo

hacía, me introducía nieve por debajo del cuello de mi camisa para luego, al verme tiritando, hacer que entrara en calor abrazándome con mucha fuerza. Desmigamos una barra de pan duro que mi madre había dejado en casa e hicimos que cientos de gorriones nos rodearan en cuanto empezamos a sembrar con las migajas los senderos del parque de doña Casilda. Ella disfrutaba viendo cómo revoloteaban alrededor de nosotros, les dejaba posarse entre el pan derramado y luego, súbitamente, los espantaba corriendo como una niña.

Fueron días de felicidad bajo la nieve. Días llenos de sueños y promesas. El mejor invierno de mi vida hasta el día en que me detuvieron sin que yo supiera el porqué.

En el juicio, la prueba de cargo más importante fue la declaración jurada de Vicente Iturriaga en la que hacía constar cómo yo defendía ideas marxistas en el cafetín e incitaba a la subversión. El juez no le hizo asistir a la vista porque el fiscal adujo que mis compinches de partido podían tomar represalias contra él.

De nada valieron los testimonios de Justino o de Andoni, de María o de Isabel. Unos pasquines de Comisiones Obreras que, casi por casualidad, guardaba en mi casa confirmaron mi culpabilidad. La condena fue de quince años. *'El Bou'* fue clausurado. Los amigos se dispersaron.





Este puente del Arenal fue inaugurado por primera vez el 23 de enero de 1848, con el nombre de puente de Isabel II. Este que aparece en la postal lo diseñó el arquitecto Enrique Epalza en 1903, aunque no es el que hoy contemplamos, que data de 1938.

El Café Boulevard, situado en los bajos del Hotel de Inglaterra, fue, desde su inauguración en 1876, un lugar habitual de tertulia. Vicente Blasco Ibáñez lo visitó en 1903 tratando de documentarse para su novela 'El intruso'.

MODALIDAD CASTELLANO

ACCÉSIT

U N A V I E J A
P O S T A L
D E L C A F É
B O U L E V A R D

M^a JOSÉ TOQUERO
DEL OLMO

A Mercedes Armendáriz le sorprendió encontrar, en una vieja sombrerera, junto a una mantilla de encaje y dos plumas de pavo real, el misal de tapas rojas que su padre le regaló el día en que cumplió dieciocho años. No lo había vuelto a ver desde una lejana tarde de mayo en que lo dejó olvidado en uno de los bancos de la iglesia de San Nicolás, y no acertaba a explicarse cómo podía estar allí, en la sombrerera de viaje que su madre utilizaba sólo cuando iba a San Sebastián a visitar a su hermana, pues por ningún otro motivo aquella dama, que se jactaba de ser nacida y criada en Bilbao, abandonaba la ciudad. Pero lo que verdaderamente la dejó anonadada fue descubrir, entre las páginas del libro, una antigua postal del Gran Café Boulevard. Tembló al leer en el reverso de la tarjeta: «Las cinco de la tarde del próximo sábado es una buena hora para que usted y yo empecemos una maravillosa vida en común».

Mercedes buscó la luz de una de las troneras del desván. Repasó con su dedo, algo deformado por la artrosis, la angulosa caligrafía de la firma de José Gabriel Berasategui. Llovía. A lo lejos, el Museo Guggenheim, ese enorme pecio de titanio que poco a poco sucumbe a la húmeda grisalla de Bilbao, le

pareció una nota discordante en la sempiterna sinfonía de la lluvia bilbaína, un edificio importado de alguna lejana ciudad americana que a ella le impedía retrotraerse a los tiempos de su juventud. Asomada al ventanuco, Mercedes sintió que aquella ciudad, en la que había pasado toda su vida, se volvía extraña de pronto. Le vino a la memoria el tráfigo de la Ría, cuando el Nervión era un coloso proletario de hierro y fuego. Bilbao, sin duda, había ganado en limpieza y era mucho más bella ahora, que la mayor parte de las factorías contaminantes habían sido desmanteladas y las pocas grúas de la industria pesada que aún quedaban en pie, no eran sino silentes esculturas, ruinosos testimonios de una época industriosa que había enriquecido la ciudad a un tiempo que convertía la Ría en un estercolero; pero Bilbao había perdido aquel latido viril de obreros manchados de grasa y herrumbre y de recios marinos acostumbrados a bregar con pesados cargamentos. Lejos habían quedado los tiempos en que las sirenas de los barcos y de las fábricas marcaban el ritmo del diario acontecer y las llamas de Altos Hornos imponían su cromatismo infernal a las noches. La inactividad de la Ría se notaba en la disminución de la polución y en lo escaso de su tráfico, las doce dragas y treinta gánguiles que llegó a tener el puerto en la época en que el padre de Mercedes dirigía la Oficina de Proyectos de La Naval de Sestao, habían quedado reducidas a una sola draga apoyada por no más de media docena de barcos de arrastre. Recordó el día en que su padre la

llevó, junto a su hermano Pedro, a la dársena de Axpe para que viera la moderna draga de rosario, construida en los astilleros de Sestao, de la que se sentía especialmente orgulloso. Fue el día en que conoció a José Gabriel Berasategui. Durante meses, sus amigos le habían hablado de aquel atractivo aprendiz de La Naval. Lo envolvía una leyenda de rebelde que fascinaba a las muchachas. Unas decían que José Gabriel era un muchacho de buena familia al que el padre había echado de casa por las desavenencias que el joven mantenía con su madrastra; otras afirmaban que había sido el propio José Gabriel quien había abandonado el hogar paterno, negándose a aceptar cualquier ayuda por parte de la familia. Sea como fuere, cuando Mercedes lo conoció no era más que un aspirante a obrero ajustador de los astilleros; aunque con un físico tan impresionante que fue suficiente con que la mirara una vez para que ella se enamorara perdidamente.

Vistos con la perspectiva de la edad, qué lejanos resultaban aquellos días en que el amor era, para Mercedes, una incesante inquietud que, a pesar de refugiarse en los pensamientos más íntimos, teñía su rostro de rubor simplemente con que alguien mencionara el nombre de José Gabriel. Nunca, como entonces, había vuelto a sentir una pasión tan devastadora, una tiranía como aquella, que gobernaba cada uno de sus actos y exigía la total servidumbre de sus pensamientos. Se pasaba

las horas conversando con sus amigas sobre las costumbres de José Gabriel, intentando averiguar dónde vivía, por qué calles paseaba y a qué sala de baile acudía los domingos. Desde que se enteró de que el joven se hospedaba en una vivienda de Solokoetxe, no cesó en su empeño de buscar un pretexto para visitar la barriada. Se lo proporcionó la suerte de que la modista de su amiga Concha habitara el piso contiguo al de la familia que alojaba a José Gabriel. La casualidad de cruzarse con el joven en la escalera se convirtió en el acontecimiento más importante de su vida. La voz grave con que José Gabriel pronunció aquel «Buenas tardes, señorita», resonó en su oído con una dulzura inusitada y un deje de galanura comparable al de los actores de moda. Lo volvió a ver el domingo siguiente, paseando por el Arenal, y cuando sus miradas se cruzaron fue como si un rayo la traspasara. Su vida, a partir de entonces, comenzó a girar en torno al paseo de los domingos; rezaba todos los días para que la lluvia no lo estropeará, elegía meticulosamente la ropa que se pondría y, en sus largos desvelos, imaginaba las palabras con las que respondería a José Gabriel, si el joven, al fin, dejaba de escudarse en las miradas y se decidía a saludarla. Fue, sin embargo, la lluvia que ella tanto temía, esa lluvia fina y triste que impregna Bilbao en las tardes de otoño, la que propició el acercamiento. José Gabriel se había resguardado del chirimirí en el Café Boulevard, y cuando la vio entrar en el establecimiento, no dudó en acercarse hasta la confitería, donde ella esperaba

que le prepararan una caja de azucarillos bolados. Sin mediar saludo alguno, José Gabriel le dijo al oído: «Mudo, absorto y de rodillas...» y ella, visiblemente azorada, supo en aquel preciso instante que nunca, por más años que viviera, volvería a disfrutar de un momento tan mágico como aquél, ni volvería a sentir por ningún otro hombre una pasión tan intensa como la que sentía por José Gabriel.

En el más de medio siglo transcurrido desde aquellos acontecimientos, Mercedes no logró explicarse qué sucedió para que José Gabriel se marchara de Bilbao sin darle ninguna explicación ni dejarle, al menos, una nota de despedida. Sentada sobre un viejo baúl, contemplando la postal del Café Boulevard como si fuera la llave del enigma, rememoró los lejanos días de 1947. Qué osadía, pensó, fue invitar a José Gabriel al baile de Fin de Año en la Sociedad Bilbaína. Fue exponerle y exponerse ella misma a las maledicencias de la alta burguesía de Bilbao. Para su madre, que siempre había pensado que la belleza y educación de Mercedes permitiría a la familia emparentar con alguna de las familias más pudientes de Vizcaya, verla bailando toda la noche con aquel desconocido fue una puñalada. De regreso a casa, sus padres le dejaron muy claro que no iban a permitir que una hija suya se relacionara con un muerto de hambre cuya mayor aspiración podía ser la de convertirse en un obrero de La Naval. Los meses siguientes, permaneció recluida en la casa. A

escondidas, ayudándose de su amiga Concha, se las arreglaba para mandar cartas a José Gabriel en las que expresaba su lucha entre el dolor de la separación y el deber moral de obedecer a sus padres. Las respuestas de José Gabriel alegraban su ánimo, pues siempre prometían amor eterno, no importaba cuáles fuesen las adversidades. Pero aquel jueves, primero de mayo de 1947, fecha en que La Naval y otras grandes empresas de Vizcaya iniciaron la huelga que puso en serios aprietos al Gobierno de Franco, representado en Vizcaya por el falangista Genaro Riestra, cambió por completo su vida. Quién le iba a decir a ella entonces, una muchacha perdida en sus ensoñaciones amorosas, que las maquinaciones del tal Genaro Riestra, amigo íntimo de su padre, iban a dar al traste definitivamente con su ilusión de convertirse en la esposa de José Gabriel. La sospecha que ella tuvo aquellos agitados días de primavera, de que alguien muy próximo a ella había cortado definitivamente su relación con José Gabriel, quedaba corroborada por la fecha de la postal del viejo Café Boulevard: «12 de mayo de 1947». Mientras la Dirección General de Seguridad anunciaba que, tanto en Bilbao como en Guipúzcoa, todos los obreros habían reanudado el trabajo sin el menor incidente, muchos de los huelguistas, sobre todo los más conflictivos, no tuvieron otro remedio, para evitar represalias, que exiliarse a Francia. Las noticias que tuvo después no fueron sino retazos de difícil conexión. Supo que alguien de La Naval había denunciado a José Gabriel. Ahora, a

la luz de aquella postal, casi podía afirmar que el denunciante había sido don Ignacio Armendáriz. Sufrió la falta de noticias de José Gabriel, pues nadie, ni siquiera su amiga Concha, supo darle cuenta de su paradero. Ciertamente, las noticias quedaron sepultadas en aquel misal de tapas rojas que había olvidado una tarde de mayo en la iglesia de San Nicolás y que, no sabía cómo, había llegado a las manos de su madre, quien se encargó de ocultar para siempre el mensaje que contenía, relegándolo al lugar donde se guardan las cosas inútiles.

Qué le hubiera parecido a su madre, esa dama empingorotada del Bilbao más tradicional, que José Gabriel Berasategui llegara a ser uno de los más acaudalados industriales de Bilbao, más rico e influyente que el propio marido de Mercedes. No vivió para verlo. Mejor así, pensó Mercedes, pues ella misma no estaba libre del pecado de engreimiento, se confesaba a sí misma que había intentando con todas sus mañas que sus hijos contrajeran matrimonios ventajosos. Evocó a José Gabriel, cuando regresó a Bilbao convertido en un próspero hombre de negocios, las miradas furtivas cuando ambos, felizmente casados, se encontraban en alguna celebración. Nunca, en aquellos años, cruzaron más palabras que las de los saludos de rigor, y nunca, a excepción de las miradas, que constituían un código sembrado de confusión pues ninguno podía estar seguro de los sentimientos del otro, dejaron salir a flote la pasión que

les embargó en su juventud. Luego vino la viudez, primero la de ella, que todavía era muy joven, y transcurridos quince años la muerte de la mujer de José Gabriel; pero ni uno ni otro hicieron el menor gesto de acercamiento. Sólo la vieja postal del Café Boulevard decidió a Mercedes. Se arregló como si fuera a la Misa Mayor de la Catedral, el pelo perfectamente cortado y un traje sastre de impecable factura, sin olvidar sus pendientes de diamantes y la pulsera de la que colgaban las medallitas con las fechas de los acontecimientos más importantes de su vida. Se encaminó hacia el Café Boulevard, donde esperaba encontrar a José Gabriel, tomando café y leyendo el periódico. Miró el reloj: eran las cinco de la tarde. Cuando cruzó el umbral, un inesperado temblor se adueñó de su cuerpo, mas no titubeó. Le causó cierta risa la cara de sorpresa que puso José Gabriel cuando ella le pidió permiso para sentarse. «Acabo de recibir su mensaje –le dijo, mostrándole la vieja postal– y, como usted ve, he acudido a la cita sin tardanza».





VALMASEDA
Puente de la Muza

BALMASEDA
Muza zubija

El Puente medieval de la Muza, en Balmaseda, está datado entre los siglos XII y XIII y constituye una obra de gran referencia en la arquitectura medieval de Bizkaia.

Balmaseda fue puerto seco, lo que la convirtió en plaza fiscal y aduanera, recaudadora de los diezmos que producía el tráfico marítimo entre Castilla y los puertos del Cantábrico, Laredo, Castro o Bilbao. Los otros dos puertos secos o aduanas interiores eran Vitoria y Orduña.

V I E J A
C A N C I Ó N
D E L N O R T E

ACCÉSIT

MODALIDAD CASTELLANO

PEDRO JOSÉ
GARCÍA GAMBÍN

PRIMER TIEMPO

Hubo una vez, y de eso no hace tanto tiempo, una ola de mar tan furiosa, que en su profundo sufrir se apoderó de ella una rabia inmensa e, incapaz de controlar sus sentimientos, se entregó a ellos. Ocurrió que uno de esos impulsos vino a acabar en un estrépito de agua sobre las rocas. El suelo entero palpitó. La tierra silenciosa se empapó de savia y océano.

Aquel aroma subterráneo impregnó la costa. Los valles y cerros que miraban al mar para recortarse en abruptas formas, lucían espléndidos bosques donde las hayas y robles, en paz desde hacía siglos, esperaban la llegada del verano.

En uno de aquellos cerros, muy cerca de la desembocadura del *viejo río*, se encontraba, elevada sobre unos acantilados que la apartaban del mundo para sentir el mar, una gran haya. Contemplaba callada todo cuanto ocurría a su alrededor, y guardaba muy dentro de sí los secretos de la madre naturaleza. Cuando la brisa la acicalaba con su frescor de melancolía, recordaba los tiempos en que las jóvenes tocadas de lino y coronadas de laurel acudían a ella en la hora de la luna.

Envueltas en su plateada luz, se adentraban en las aguas del río, justo a los pies del haya, para invocar el ancestral culto que las envolvía de armonía con los habitantes del bosque y el mar. La ya entonces anciana haya, les ofrecía agradecida, en íntimo desvelo, destellos satinados lanzados al luar, revistiendo las esquinas del viento que alborotaba juguetón el cabello de las damas...

Pero de eso hacía ya tanto tiempo, tanta vida... Y el mar seguía bramando hasta ensordecir las raíces. Hoy se embebían de un sabor distinto, añejo como la tristeza y fuerte como el dolor. Áspero furor de ola que la hizo envejecer.

Aquella tarde había muchas nubes, la vieja haya comenzó a sospechar. La dama de la montaña debía de volar por allí cerca, buscaba tal vez otra cueva donde trasladarse. Las brujas nunca están contentas con lo que tienen. El cielo estaba cada vez más negro, parecía muy enfadado. Entonces comenzó a tronar de forma violenta, el cielo se cerró por completo y un tremendo rayo partió una de las ramas del árbol, que rodando fue a caer sobre los carrizos del río. El haya se mantuvo erguida, ajena a su herida, y clamó paz para la dama de la montaña, la vieja bruja que abocaba sobre ella su ira. Pero la tormenta continuó arrebatando la calma de la tierra, que ya toda olía a mar, hasta que la dama encontró una gruta escondida en la cima de un monte, se acurrucó, durmió, y tuvo un sueño, un sueño plácido que aplacó el temporal, e impregnó en la humedad del aire un tierno olor a pan recién hecho.

Amputada desde su cerro, el haya aspiró aquel olor y lloró la pérdida. Sus hojas, pues, se volvieron grises como el mar en aquellas noches de sus recuerdos, cuando las hermosas jóvenes acudían a bañarse bajo su rumor. ..

Ahora, en aquel mismo remanso que antaño era solaz y calma, una gran rama de haya era engullida por los remolinos de la corriente.

SEGUNDO TIEMPO

*«Maitia nun zira?
Nik ez zaitut ikhusten
ez berririk jakiten.
Nurat galdu zira?...»*
(¿Dónde estás, amada mía?
Ni te veo, ni sé nada de ti.
¿Dónde te has perdido?)

En aquella lengua tan antigua como el sol, un joven apasionado canturreaba viejas baladas para saciar su tristeza. La misma que, más tarde o más temprano, abate el corazón de todos los mortales, y no solo los de aquellas tierras del norte, pues en todos los rincones del mundo que habita el ser humano, el viento arrastra melodías de amor. Y esta vez el viento llevó aquellos

sones desde los bosques, testigos mudos de tantos encuentros, hasta la ribera del *viejo río*. Aún quedaban salmones en sus aguas, pero no tantos, claro, como antiguamente, según contaban los ancianos, cuando el río parecía teñirse de rojo, debido a que sus costados de irisados reflejos titilaban a contracorriente, iluminando la superficie cristalina del agua.

Había amanecido hacía ya un rato, pero el cielo seguía nublado, y así, camuflados por la grisura del día, cuatro salmones emprendieron su viaje río arriba. Eran cuatro ejemplares magníficos y, en sus alegres movimientos, empujaban unidos con fuerza la rama de la anciana haya. Sus hojas asomaban por encima del agua y recogían, en su apagado verdor, el agrisulce canto de aquel joven escondido entre los bosques, cuyo sentimiento, inmortal de tan puro, se extendía con el viento por toda la región. Y fue de esta forma como el agua del río supo de la melancolía de los hombres.

Pero como la fortuna no se reparte por igual entre los hombres, en un pueblo no muy lejano, río arriba, las gentes vestidas de negro guardaban silencio. Bajo el tañer de la campana, con la cabeza agachada, abandonadas las azadas y aperos del campo por unas horas, despedían en su viaje hacia el misterio a algún compañero. El dolor de aquellas gentes se dejaba sentir en las calles vacías de suelos empedrados, bruñidos por los zuecos y los carros. Tanto pasar y tanto pisar y tanto tiempo para pensar, ver crecer la hiedra en las paredes de los caseríos, oler el musgo

revistiendo las umbrías, oír el chorro de la fuente...y los rojos atardeceres cerca del *viejo río*. Tiempo; enigma que un día deja de existir para revelarnos un secreto.

Por aquel pueblo también había pasado la tormenta y había llegado el olor a pan recién hecho, y el viejo río, al bordear esos lugares, dejó de susurrar para respetar, aunque sin comprenderlo, el duelo de los hombres. No sabía –ingenuo– que tampoco ellos comprendían ese secreto. Y como debajo del agua no sirve de nada llorar, los salmones siguieron luchando por encontrar un lugar para la freza y, en su bagaje, cuatro de ellos no cejaban en el esfuerzo de empujar hacia arriba una rama de haya. Aquel impulso, natural o extraordinario, que les llevaba a empecinarse en tal acción era realmente otro misterio, pero éste, por el contrario, estaba cargado de luz y vida.

Y el tañido de la campana se reflejó en el agua, que aún lucía la tonada del jovenzuelo.

TERCER TIEMPO

Obstinada y a contracorriente, la rama siguió su destino río arriba. En algunos pasajes, la noche se abría profunda y misteriosa, plagada de enigmas tan sencillos y perversos como el ocre de las nubes al amanecer, o el reflejo de la escarcha desvaneciéndose en las hojas de los castaños, fresnos y manzanos que ya comenzaban a abundar por las húmedas

tierras de aquel país que se abría al interior, y en cuyas laderas se advertían, abrumados por la hiedra, los vetustos caseríos.

En una de todas aquellas mañanas que siguieron entre lluvias, remolinos, vientos y pasiones, quisieron por fin las nieblas, comenzar a disiparse. Las espesas nieblas que hasta entonces habían envuelto las piedras mudas, los abrazos de musgo sobre troncos, rocas, ladrillos, las mismas nieblas que habían besado las arrugadas frentes, bajo sus boinas, de los ancianos del lugar.

Merodeando por la ribera del *viejo río*, un gallardo mozuelo avistó entre la levedad de la boira, la rama del haya, que ya sin hojas, dormía lavada y desnuda como en una dulce espera, mecida sobre el agua por los dedos sibilinos de un sauce llorón. Acababa de encontrar lo que buscaba, por su tamaño y forma era el trozo de madera ideal que necesitaba. Encaramándose al tronco del sauce, rescató de su frío lecho de agua a aquella rama.

Los lugareños aguardaban desde hacía ya algún tiempo la llegada de un día especial. La rama aún no lo sabía, aunque en realidad, ¿quién es capaz de entrever su destino con absoluta claridad? Sin saberlo, se sumó a la espera de aquellas gentes a las que había visto amar, reír y llorar. Colocada en el alero de un tejado, descansó de los vaivenes de la corriente, y mientras el sol y el aire desentrañaban de su interior los restos de agua, se preguntaba, no sin algo de nostalgia, qué habría sido de

sus compañeros de viaje, ¿hacia qué nuevos paisajes habrían conducido a los salmones, los recónditos destinos del río?

Desde las alturas, oscureciendo con su plumaje el aire bajo las nubes, un águila real contempló la rama tendida al sol sobre el tejado, sabía que faltaba poco para el gran momento. Los mozos se preparaban en el lagar, las manzanas estaban recogidas, preparadas las barricas, comida, vino, la garganta anhelando el frescor de la fruta, los panderos y acordeones impacientes por exhalar su alegría, romper el silencio de las horas y abrir en el pecho de las gentes la llave que hace a sus cuerpos ondearse con la brisa esperanzadora de los ritmos y acordes que revisten el aire con mil colores innombrables, tintando la luz con un hálito de mirada limpia y serena, recorren el silencio y desempolvan el alma. Eso es lo que ocurre cuando los dedos y la voz se conjugan en un verbo misterioso donde nace la maravilla: música, devolviendo con su rumor el camino hacia la vida. Vida contemplada desde el cielo. Vida que se fuga en el vuelo. Alas de vida auscultando el anhelo de los hombres del monte: labores, preparativos, atardeceres, auroras.... Y empezó la fiesta, porque la fiesta no empieza con la música. La fiesta empieza mucho antes, empieza en la tierra, en el sol, en las flores, empieza en el alma.

Al llegar el nuevo día, nuestra rama, junto con otras, fue usada para golpear manzanas. Las manos gallardas de los jóvenes

las golpearon a conciencia, extrajeron su jugo a fuerza de machacarlas sobre tablones. Estaban elaborando un licor suave y dulce, chispeante y embriagador, alrededor todo era alborozo, y en los labios de las gentes se concentraba el secreto, anhelaban el sabor de la sidra.

La vieja dama de la montaña percibió su aroma desde su escondite y alertó a los vientos que dieran tregua a la noche para poder escuchar los cantos.

Al atardecer, la rama fue seleccionada y puesta de nuevo a secar. No sabía que muy pronto sus golpes le iban a ser devueltos.

Concluyó la elaboración de la sidra entrada la noche, y los mozos dispusieron los tablones usados sobre dos enormes cestos, habían seleccionado los que, según ellos, mejor respondían al mágico suplicio del golpear, los que ya desde el tacto denotaban un bramido sugerente, y así, tendida entre otras compañeras de igual fortuna, la hija del haya fue transformada en instrumento –txalaparta es como lo nombran por aquellas regiones del norte.

Dejándose arrastrar por el ímpetu de los brazos que la golpeaban, su interior exhaló toda la poesía que, en su recorrido hasta ese momento, había ido guardando muy dentro de sí. Alrededor, mujeres y hombres desnudaban su algarabía con saltos y gritos. Canciones que todos recordaban, y que algunos, los más jóvenes, aprendían por vez primera.

Faltaban algunas personas, habían marchado muy lejos hacía años, en busca de oro, y nunca más se supo de ellos. ¿Qué tendrá ese brillo que atrae tanto a los hombres y es capaz de hacerles caer en la perdición? Si supieran que el oro más valioso no se ve ni se toca, se oye. Es el latir de las gentes, el fulgor de sus miradas y el sonido, en aquella noche, de aquel extraño instrumento.

A través de sus secas vibraciones, su fuerza y su austera sonoridad, podía sentirse en el paladar el aroma de los montes, el color de las hayas, fresnos y cerezos y el murmullo del oleaje que traía impregnado el dolor y la pasión de los hombres, su esperanza, su entusiasmo...todo desleído sobre el tiempo poco a poco, golpe a golpe, palo a palo. Como un beso, la madera pronunciaba el ritmo exacto de la vida y sus ecos podían oírse en los caseríos cercanos. Aquella noche de sidra y fiesta, bajo la luna, brotaron impunes de los brazos de aquellos hombres, sobre aquel instrumento hecho con la rama de la vieja haya, y en torno al cual, al menos una vez sobre la tierra, se acumuló la alegría.



CODA

Y todo terminó como empezó. La tragedia de un árbol acabó tornándose celebración. Estrépito de agua con olor a pan recién hecho, melodías de amor y silencios de despedida mezclaban su intensidad en aquellos golpes. El pulso de aquellos bailes bajó por el río acompañando a los jóvenes salmones que buscaban el mar, el mar cuyo estrépito aromaba la costa y bruñía las rocas al pie de las hayas, mágicas y soñadoras, que guardaban para sus adentros el secreto de sus ramas desprendidas, el viento que las balanceaba sobre el sabor a sal y a sidra, la luz de sus destellos que recogía el furor de la bruja de la montaña, como una canción que acaba en una delicada cadencia que mira al mar, pero el aire ya está henchido, preñado de embrujo, y sabemos –porque algo muy dentro de nosotros mismos nos lo anuncia– que, pronto, otra canción volverá a comenzar.





El edificio con esa bella glorieta, a la izquierda de la imagen, es la estación de la Naja, inaugurada en 1889 para la línea del ferrocarril Bilbao-Portugalete, que llegó a Santurtzi en 1925. A su izquierda apenas se ve el arranque de la estación de la Concordia, que sirve a los ferrocarriles de vía estrecha de La Robla y Santander. Tras la estación vemos el edificio ya terminado de la Sociedad Bilbaína, inaugurado en 1913.

Esta calle, hoy calle Navarra, que une el puente del Arenal con la Plaza Circular, era la vía principal de comunicación entre Bilbao y la República de Abando, antes de su anexión. El nombre a la calle se lo daba, no obstante, la estación del ferrocarril Bilbao-Tudela, hoy estación de Abando, que se halla al comienzo de la calle, en la Plaza Circular.

LA ESTACIÓN
DE CARAMELO

MODALIDAD CASTELLANO

ACCÉSIT

ALMUDENA
BUSTAMANTE
ANIBARRO

¿Cuántos años han transcurrido ya? Son tantos que ni siquiera lo recuerdo. Pero si cierro los ojos, aún puedo verla, la estación de la Naja. Y a esta visión mental la acompañan sonidos, y olores, y recuerdos que se amontonan uno tras otro, peleándose por salir del desván en el que los he escondido tantos años, cubiertos de telarañas y apolillados, como lo estarán ya los manteles que tanto hacían sufrir a doña Ángeles. Porque doña Ángeles, aún la estoy oyendo, se enfadaba muchísimo cuando mi abuela no lavaba bien la ropa, y quedaba marcado –tan levemente que le pasaría desapercibido a cualquiera sin la mala uva de la mencionada señora– un rastro químicamente indeleble pero apenas visible, excepto para los ojos abultados y escrutadores de aquella mujer. A pesar de que la abuela padecía una tremenda artrosis, y que el agua fría de los duros inviernos era una condena a muerte para sus pobres manos, doña Ángeles insistía en la necesidad de frotar la ropa hasta que los dedos se despellejasen. Y era lo primero que comprobaba ella misma, apoltronada en su mecedora Thonet, cuando llegábamos de lavar. La abuela extendía sus extremidades rojas e hinchadas, las cuales, a pesar de los años que ya llevaba lavando prendas ajenas, aún se agrietaban, y se abrían, y sangraban, y Doña Ángeles asentía satisfecha, invitándonos a continuación a abandonar la

salita con un despectivo movimiento de la mano izquierda, pues en la derecha sujetaba la copa de jerez que tomaba a diario, por prescripción facultativa según ella, aunque estoy segura de que el buen doctor hubiese desaprobado el remedio si la hubiese visto a las ocho de la tarde, excedida la dosis terapéutica hacía ya unas cuantas copas. Yo le preguntaba a la abuela por qué le sangraban las manos. Ella miraba a lo lejos, a un sitio que yo no alcanzaba a ver, pero que estoy segura de que ella sí veía, y entonces sus ojos se vidriaban, como tristes, y respondía que su piel era demasiado fina, que no había sido curtida a su debido tiempo, y que por eso daba tan mal resultado. «¿Y cómo se curte la piel de las manos a tiempo?», – le preguntaba yo. «*Trabajándolas cuando se tienen tus años, pichón*», me contestaba ella. Pero cuando llegaba la hora de enseñarme a frotar manteles, nunca lo hacía. «*Mis manos son más fuertes, ya tendrás tiempo*». Y yo me quedaba mirando aquellos dedos largos y blanquísimos que, al cabo de unos segundos sumergidos en las inclemencias del agua invernal, enrojecían hasta el punto de parecer dos muñones adosados por un mal cirujano a los brazos ambarinos de mi abuela.

Yo era pequeña, pero aún siendo pequeño se puede odiar. Y odiaba a doña Ángeles. «*¿La niña viene con usted?*», fueron sus primeras palabras. Y a continuación, clavó en mi pueril anatomía aquella cara de sapo agonizante, y temí que sus ojos saltasen sobre mí, dejándome irremediabilmente ciega. Me escondí detrás de los faldones de abuelita, con el dedo pulgar

introducido en la boca. Aquello me ayudaba a no llorar. Pero el sapo gigantesco no cejó en su empeño de acosarme, y me buscaba con su mirada redonda e insistente, sabedora de que mi tortura acababa de comenzar. «*Que no moleste. No soporto a los niños*». Y dicho esto, se dio la vuelta sin más contemplaciones y se fue hacia la salita, seguramente a por su ‘medicina’, mientras la cocinera, una mujer oronda a la que quizás alimentasen los vahos de la cocina –o al menos eso le contaba ella a la señora, y la muy tonta se lo creía– nos conducía hasta lo que habría de ser nuestra habitación, en la zona de la vivienda destinada al servicio, mientras nos contaba, muy bajito, que la señora detestaba a los infantes quizás porque ella nunca pudo tenerlos.

No he dicho que doña Ángeles vivía en lo que entonces era la calle de la Estación, aunque hace ya unos años pasó a llamarse calle de Navarra. Pero para mí continuará siendo la calle de la Estación. Desapareció, pero aún la guardo en mis recuerdos infantiles, un pequeño edificio con mosaicos de mayólica y cresterías vidriadas que yo imaginaba hechas de caramelo, pues aunque me habían dicho insistentemente que aquella no era la casita del cuento, sino una estación de trenes, yo pasaba las horas escondida detrás de los cortinajes de terciopelo rojo, que me tapaban por completo, esperando que la bruja saliese a sacudir su escoba voladora con Gretel detrás.

Al lado de la estación habían construido un ampuloso edificio, lo más parecido que yo había visto a un palacio. Y debía de serlo,

porque la abuela me contó que el mismísimo rey Alfonso XIII había estado allí. Doña Ángeles también decía que en aquella ocasión estrechó la mano del monarca, y que éste le había dirigido una mirada tremendamente insinuadora... «*Porque será rey pero, ante todo, es hombre*». Y la abuela miraba al suelo, evitando de este modo exponer la ironía que sus ojos no podían ocultar, mientras yo, con el candor de mis seis añitos, veía en su actitud una sumisión heroica de la que nunca me he avergonzado, sino todo lo contrario. Aunque todo hay que decirlo, a pesar de mi corta edad, había cosas que caían por su propio peso, y una de ellas era la imposibilidad de que a Alfonso XIII –por muy Borbón y por muy hombre que fuera– se le hubiese desatado el instinto primario con los encantos de doña Ángeles.

Aquel edificio me cautivaba tanto que, cuando me cansaba de mirar a la casita de caramelo, esperando en vano la aparición de la bruja, me quedaba con la vista clavada en su elegante barroquismo, y los días de sol inclinaba la cabeza cuanto podía para divisar la cúpula, que con su brillo satinado parecía reinar sobre el cielo de la ciudad. Y entonces mis ojos la traspasaban, y podía ver la elegante fiesta de inauguración que la cocinera relataba como si hubiese estado allí aquel frío día de enero, y me imaginaba a los asistentes vestidos como lo estaban los abuelos en un daguerrotipo que mi abuela custodiaba como si le fuese la vida en ello, pues todas las noches sin excepción lo

besaba amorosamente y lo volvía a guardar, bien envuelto en un pañuelo de seda, en el fondo de su maleta.

En aquellos momentos sosegados, con la mirada perdida en su grandeza, nada podía hacerme sospechar que la sede de la Sociedad Bilbaína precipitaría nuestro abandono de aquel hogar improvisado, del que yo había aprendido los olores, y los colores, y el entorno, para con ello hacerme a la idea de que tenía una casa de verdad.

Y es que fue de allí, del edificio-palacio, de donde aquella tarde salió un caballero impecablemente ataviado, que cruzó la calle después de mirar a ambos lados, y que se topó de bruces con la abuela y conmigo cuando abandonábamos el portal hacia nuestro paseo de los jueves, día aquel de descanso de la sirvienta –si y sólo si a doña Ángeles no se le ocurría algún trabajito de última hora que obligaba a la abuela a prescindir de su tarde libre, y a mí me condenaba a vagar como un ánima en pena por las limitadas dependencias del servicio–. El caso es que aquella tarde salimos. La abuela se ponía muy guapa para la ocasión, vestida como lo que siempre había sido, una auténtica dama. Aquel hombre fijó su mirada en ella y, con una leve inclinación de cabeza, y no exento de perceptible turbación, la saludó. Desde aquel día nos topábamos a menudo con él. Una tarde se nos presentó formalmente, y caminamos los tres juntos, calle arriba, mientras los ojos de abuela se llenaban de un brillo

nostálgico, parecido al que los adornaba cuando contemplaba su amada foto.

Poco a poco pareció surgir algo entre ellos que entonces no supe interpretar, pero que, desde luego, resultó ser milagroso, porque ahora mi abuela cantaba todas las mañanas mientras trabajaba, y los jueves, en cuanto terminaba sus tareas, se ponía a sacudir con suma delicadeza la capa de terciopelo negro que vestía para salir, mientras me contaba que el abuelo se la había comprado, hacía mucho tiempo, en una ciudad muy hermosa que se llamaba París, y en la que habían construido una torre que, aunque no gustaba a casi nadie, al abuelo le había apasionado...

Una de aquellas tardes, amparada por los cortinajes de la sala, doña Ángeles nos vio llegar. Aún a riesgo de aplastarse las regordetas nupias contra el frío cristal del balconcillo, apuró todo lo necesario para ofrecerse la panorámica más completa de la acera en la que nos encontrábamos. Sus ojos de batracio hambriento capturaron la escena con desmesurado apetito, y poco a poco fueron digiriendo lo que habían visto, aderezándolo además con un veneno amargo, ése que escupen algunos sapos. Desde entonces, todas las tardes de los jueves caminaba cautelosa hasta la ventana, mientras miraba sobre sus hombros, para asegurarse de que nadie la veía fisgar. E intoxicándose con su propia bilis contemplaba, a punto de reventar, la palpable galantería del caballero con la dama de la capa negra, aquella

mujer que el resto de la semana lavaba lo que ella ensuciaba hasta que los nudillos le sangraban, aquella dama que cada día descoyuntaba sus finas rodillas fregando los suelos que ella pisaba, aquella mujer que acudía presurosa y sumisa con la bandeja del chocolate al leve toque de la campanilla...

Pronto, los jueves por la tarde comenzaron a llenarse de pesadas tareas que imposibilitaban nuestra salida. Y doña Ángeles pegaba las narizotas al cristal para contemplar cómo el hombre paseaba inquieto de un lado a otro de la acera, hasta que caía la tarde, y entonces abandonaba su atalaya de enamorado para perderse, cabizbajo, en la oscuridad de la noche. Y doña Ángeles sonreía, mientras sonreían también la caterva de ángeles caídos que revoloteaban permanentemente a su alrededor, desde que le asignaran –allá por el año de la tos– tan inadecuado nombre.

Abuela limpiaba el polvo de los abigarrados muebles que inundaban sin orden ni concierto la sala. Yo esperaba impaciente la aparición de la bruja del cuento, pues la niebla cerrada de aquella mañana apenas permitía divisar la hermosa cúpula del palacio. Y entonces reparé en doña Ángeles. Estaba en la acera de enfrente, y hablaba con nuestro amigo. A juzgar por la hosquedad con la que el hombre se despidió, pude adivinar que no había hecho buenas migas con ella, de lo cual me alegré.

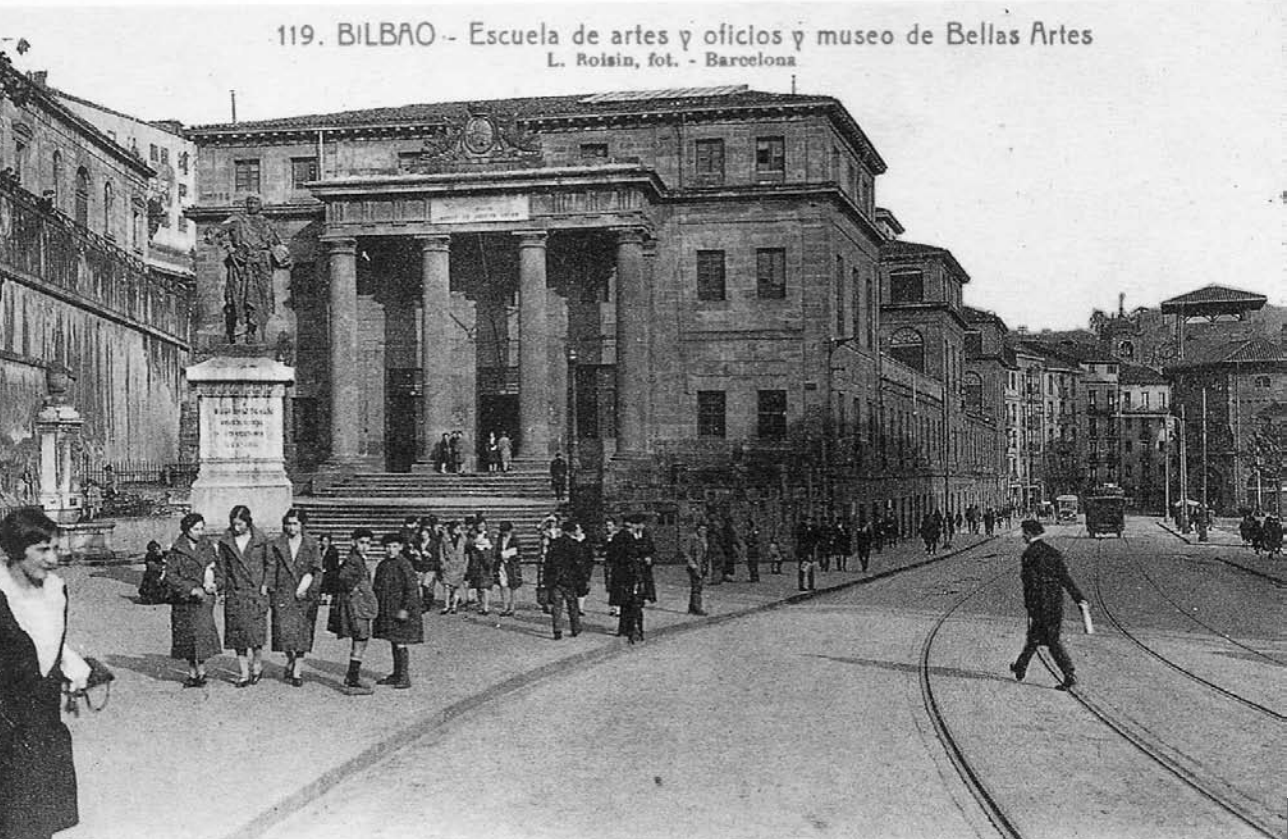
A pesar de mi niñez, la intuición me decía que aquel encuentro furtivo en la calle de la Estación tuvo mucho que ver con la

■
imprevista retirada del hombre que arrancaba canciones tan alegres a las mañanas de mi abuela, aunque ella nunca lo supo. Desde entonces no volví a contemplar el brillo acerado en sus ojos aún jóvenes, aún ilusionados.

Al poco tiempo abandonamos para siempre aquella casa de lo que hoy es la calle de Navarra, aquella casa que nunca, por más que yo lo intentase, pude considerar un hogar.

Ha pasado mucho tiempo, pero sigo odiando a doña Ángeles.





Entre 1818 y 1835 se construyó este edificio para albergar el Hospital Civil de Atxuri, que funcionó ahí hasta que se trasladó a Basurto. En 1902 pasó a ser la escuela de Artes y Oficios y unas salas se destinaron al incipiente Museo de Arte que posteriormente constituirá el Museo de Bellas Artes de Bilbao. Desde 1959 funciona como Escuela de Maestría y es el actual Instituto Politécnico.

EL ALA NORTE

MODALIDAD CASTELLANO

ACCÉSIT

ELENA FERNÁNDEZ
ALONSO

Sonó el timbre. Los alumnos iban saliendo de las aulas y desfilaban ordenadamente en paralelo a la pared. El uniforme, compuesto de camisa blanca y chaqueta azul, les daba un aire de pequeños hombrecitos, aunque el pantalón corto les delataba. El invierno había llegado con fuerza y ese día las temperaturas habían bajado más de lo previsto. Dentro del aula se estaba a gusto, pero en los pasillos se congelaba hasta el aliento. Los altos techos y las paredes de piedra fría hacían que el calor se desvaneciera. La sola idea de tener que salir al patio le hacía tiritar. Don Jaime les vigilaba muy de cerca, con su porte erguido y el movimiento amenazante de su vara. Al llegar a su altura, el pequeño pidió permiso para ir al servicio. Era uno de sus recursos para demorar la salida al recinto exterior. Su idea era pasar en el baño unos cuantos minutos, pero el frío se colaba por las ventanas y era insoportable. Al salir, vio a Don Jaime de espaldas a él, oteando el amplio corredor, y aprovechó la ocasión. Se pegó a la pared y se deslizó sigilosamente escaleras abajo.

Los estudiantes más pequeños tenían vetado el acceso a esa planta. Los mayores ocupaban los talleres, por eso les miraban con admiración, queriendo ser como ellos. Había realizado una gran gesta; sin embargo, no tenía ninguna prueba de ello, sus amigos no le iban a creer.

Oyó voces y risas que salían de las aulas, y se escondió detrás de una columna. Las imponentes bases que sujetaban el edificio tenían tal grosor que eran el escondite perfecto. Sintió irritación en la garganta. Un fuerte olor a grasa provenía del taller de máquinas, quiso toser, pero se contuvo. Se tapó la nariz e intentó respirar por la boca. El murmullo de voces se escuchaba cada vez más cerca, corría el riesgo de que pasaran a su lado y fuera descubierto.

Desde su posición, escudriñó cada rincón a su alrededor en busca de una salida, estaban casi encima. Divisó una puerta entreabierta de la que no salía luz, por lo que supuso que estaría vacía y le serviría de escondrijo momentáneamente. Entró y se quedó inmóvil, esperando a que pasara el peligro; pero varios profesores se habían encontrado en mitad del pasillo y charlaban distendidamente. No parecían tener prisa ninguna.

Aquella situación podría alargarse más de lo esperado. Cuando sus ojos se habituaron un poco a la oscuridad, comenzó a husmear a su alrededor. La habitación parecía un trastero, estaba completamente llena de piezas tiradas por el suelo y en desorden, lo cual le obligaba a moverse con sumo cuidado para no tropezar y llamar la atención.

Según se iba adentrando en aquel almacén de objetos inservibles, más abundantes eran los obstáculos y más le costaba sortearlos. Al fondo distinguió un haz de luz que se filtraba entre las enormes piedras. Se acercó con la esperanza de que fuese un

punto de salida, cosa que no ocurrió, pero al menos le permitía tener un poco de visión. Todo a su alrededor era un caos.

Deambuló de un lado a otro de la estancia. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que su corazón casi estalla al escuchar un ruido. Tropezó con un pedazo de hierro, dio varios traspiés. Estuvo a punto de darse de morros contra el suelo, pero consiguió apoyar una mano, después otro paso en falso y por fin chocó contra el muro, ya apenas sin fuerza, y tan sólo sufrió algunos rasguños.

Se detuvo durante un instante para coger aliento, y después se quedó muy quieto, intentando distinguir algún sonido. El desencadenante de aquella tragedia había sido una gata. La leve luz caía directa, como un foco, sobre el rincón donde se acurrucaban los tres gatitos. La madre se había asustado al sentir la presencia humana y se había colocado como una leona delante de sus pequeños, soltando un alarido. Daba miedo verla en ese estado de excitación, a pesar de su pequeño tamaño. Su cuerpo permanecía desafiante totalmente encorvado, mostrando sus dientes y con las uñas bien afiladas en posición de aviso, de que se lanzaría al menor síntoma de amenaza.

Comenzó a retroceder poco a poco para que el animal se relajara. Se deslizó por el muro tomándolo como referencia, mientras vigilaba sin quitarle los ojos de encima a aquella fiera. La palma de su mano avanzaba, hasta que se hundió en la nada. A punto estuvo de dar un grito. La sacó de inmediato y la colocó sobre su corazón. Ambos órganos estaban desbocados.

Giró la cabeza para observar lo que quedaba a su derecha. La curiosidad podía más que su conciencia, la cual le decía que había llegado la hora de abandonar aquel lugar. Volvió a tantear con la mano. El hueco que se abría era aún más lúgubre y oscuro.

Parecía una estrechísima entrada a un laberinto, pero también él era muy delgado, lo iba a intentar. Tomó aire, contuvo la respiración durante unos segundos, y se puso de lado. Primero introdujo el pie, intentando tocar algo en el interior se estiró y empujó con fuerza. Sólo cuando ya se vio dentro, pensó en el detalle de que la salida iba a ser difícil. El olor era nauseabundo, a podrido, a putrefacto, no sabía definirlo con exactitud. Sintió que el aire se volvía irrespirable.

Después de retirar unos cuantos hierros y maderas, quedó algo de espacio libre por donde moverse y se acercó hasta la pared. Tanteó lo que tenía justo delante, le pareció un viejo baúl. Sí, en la parte frontal se distinguía la cerradura con su llave y todo. La tapa quedaba oprimida por más amasijos de hierros. En primer lugar retiró una pesada chapa pegada contra la piedra y, ¡sorpresa!, un pequeño agujero se abría de la nada, dejando entrar una tenue luz.

En ese momento tuvo mejor percepción del lugar, el cual era aún peor de lo que en la oscuridad intuía. Quiso echar a correr pero, llegados a ese punto, no iba a abandonar así, sin más. Las telarañas que caían en picado desde el techo hasta

el suelo evidenciaban que nadie había pisado aquel espacio en muchos años.

Tras una superficial tarea de limpieza y de búsqueda, dio con un librito, que resultó ser un diario, con una encuadernación artesanal impecable y una escritura caligráfica perfecta. Javier abrió la tapa y comenzó a leer. Miró la fecha. Echó cuentas, habían transcurrido casi veinte años. Prosiguió cada vez más intrigado con la lectura.

«Hoy he decidido comenzar a escribir mi diario. Hace días que no tengo noticias de Juan, creo que algo malo le ha ocurrido, y mi destino va unido al suyo. Mi amigo se las ingenió para esconderme en este agujero cuando fuimos hechos prisioneros y nos trajeron a este edificio.

Cuando le vi junto a los enemigos, quise escupirle a la cara y llamarle traidor; sin embargo, no puedo reprocharle nada, él hace lo que le ordenan por miedo a morir. Tiene una familia a la que cuidar. Bastante peligro corre ayudando a gente como yo, y sospecho que ha sido descubierto.

Todo transcurrió muy deprisa, después de meses de contienda, sólo era cuestión de tiempo. Cuando se apoderaron de la ciudad comenzó la represión, de tal modo que hasta ellos mismos se vieron desbordados. Por eso nos trajeron a este edificio, el respetable hospital de los Santos Juanes, en otro tiempo tan envidiado, y ahora convertido en una provisional cárcel.

Muchos hombres permanecen hacinados, según me ha contado Juan, en espera de no se sabe qué final. Ese era

mi destino pero, gracias a él, de momento estoy en este escondrijo, con la esperanza de que la situación se calme un poco.

El es el encargado de ‘acompañar’ a cada rehén, a través del siniestro laberinto que comunica el edificio principal con el ala norte, que en los tiempos en que era un centro hospitalario, fueron salas de ingreso para leprosos, apartados del resto de enfermos para evitar contagios.

Un ala maldita, le comenté a mi amigo, primero marginada para los enfermos de lepra, y ahora a través de esta especie de corredor de la muerte, destino fatal para muchos ciudadanos».

Las siguientes páginas no eran sino un relato minucioso de la soledad en la que se encontraba; el revivir de las pesadillas de esos días de guerra; el helador frío que le penetraba hasta los tuétanos. Tenía hambre y estaba muy cansado. Según sus palabras, había perdido por completo la noción del tiempo, no le era posible distinguir el día de la noche. Se vio obligado a tapar el único punto por donde se colaba la claridad del día. Toda precaución era poca. La única referencia que mantenía eran las visitas muy de cuando en cuando de su amigo, pero tal y como reflejaba su testimonio escrito, había dejado de tener noticias suyas.

El pequeño dejó de leer por un instante y sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Se detuvo un momento a pensar. Se encontraba en ese preciso lugar, descrito de un modo tan

siniestro. En la actualidad, el ala estaba ocupada por los alumnos de las Artes Gráficas, una especialidad con mucho prestigio. No llegaba a comprender del todo el profundo significado de aquel estremecedor relato; sin embargo, le trajo algunos recuerdos a la cabeza. Eran historias que había escuchado en su propia casa. Su abuelo hablaba mucho con él, y siempre le contaba anécdotas, aunque su madre le decía que no le hiciera mucho caso, dando a entender que se inventaba muchas de ellas.

Ahora todo empezaba a encajar. Su abuelo no desvariaba, posiblemente había vivido en primera persona, o alguien muy cercano a él había sufrido alguna de las tragedias que en ese diario se describían. Sin ir más lejos, cuando fue admitido en dicho centro, sufrió muchas bromas referentes a la existencia de fantasmas leprosos, que vagaban sin destino por las aulas. Siempre pensó que eran leyendas sin fundamento, que algunos le contaban por envidia.

Javier se sentía tan feliz que no escuchaba a nadie, ni siquiera dio credibilidad a las referencias que su abuelo hacía a '*otros fines oscuros de dicho instituto*'. Además, su madre cortaba las conversaciones con cualquier excusa, dando por zanjado el tema.

La guerra era un tema a evitar, provocaba muchas discusiones familiares. El miedo a hablar sobre ello era más que evidente.

Javier se emocionó frente a la entrada del edificio, flanqueada por sus inmensas columnas. Había llovido mucho desde la última vez, demasiado. Sintió un nudo en el estómago. Esta vez

no vestía uniforme ni pantalón corto, sino traje, una boina y un bastón, pero la sensación era la misma de entonces. Ahora no huía de los profesores, sino que era acompañado por uno de ellos. Más concretamente, una. Esperanza, una mujer pequeña y con cara risueña que, con voz emocionada, le explicaba al detalle la historia de la escuela.

La comparación era inevitable. Los estudiantes abandonaban sus aulas en tropel, sin respetar ningún orden y dando voces sin control. En su época aquella imagen hubiera sido impensable. Igual de inimaginable que la evidente diversidad racial.

Cuando comenzaron a descender por las escaleras, se estremeció. En unos segundos revivió el tremendo relato que alguien quiso dejar como grito de auxilio, pero que, por miedo, jamás le contó a nadie. Casi medio siglo después, volvía en busca de respuestas, tal vez bastante tarde.

Penetraron en el que ahora ya no parecía tan siniestro laberinto. Aquel trastero de entonces estaba más ordenado. La profesora, que hablaba sin parar, le contó que esos habitáculos vacíos iban a ser reconstruidos como aulas, después de ser totalmente arrasados por las tremendas inundaciones ocurridas en 1983, de donde tuvieron que sacar sacos y sacos de escombros, por los destrozos de las aguas.

Ella, muy entusiasmada, le mostraba la marca que el agua había grabado en la pared, dando testimonio de lo acontecido. Entonces se dio cuenta de que la ría no sólo había asolado la ciudad, sino que se había llevado su historia consigo.





Fotografía de época aportada por el autor del relato.

TESORO
EN SEPIA

MODALIDAD CASTELLANO

ACCÉSIT

GORKA
GARMENDIA PÉREZ

El estruendo del camión impedía a los pasajeros hablar entre ellos. Julián observó a sus compañeros de viaje, una treintena de milicianos y gudarís novatos que se dirigían en aquella ruidosa tartana hacia los montes que separan Vizcaya de Álava, desde donde pretendían frenar el avance de las tropas nacionales que amenazaban Bilbao.

El trayecto de subida casi constante desde Zeanuri era una auténtica tortura para el vetusto vehículo, un renqueante trasto de transporte de ganado decorado con una ensalada de siglas políticas.

La jadeante cafetera se arrastraba entre resoplidos y toses intentando coronar el puerto de Barazar. Los últimos metros de la cuesta fueron tan penosos que algunos hombres decidieron poner pie a tierra para aliviarse junto a la carretera y no tuvieron problemas para volver a incorporarse en marcha. Finalmente el vehículo ganó a duras penas el alto. Pero la subida pasó factura y el motor empezó a apestar a quemado.

En el cruce de Mecoleta se desviaron a Ochandiano para reparar la carraca. Tras superar la loma de San Bernabé, se presentó ante ellos el desolador paisaje de una villa martirizada por las bombas. Muchos habían oído hablar del bombardeo,

la primera vez en la historia que se arrasaba un objetivo civil desde el aire, pero nadie había visto aún las consecuencias. El pasado verano un avión había sobrevolado el centro del pueblo a escasa altura. El piloto saludó, y la algarabía de niños y mayores fue inmediata. De pronto, el aparato comenzó a lanzar extraños objetos que los más pequeños y confiados corrieron a recoger. La matanza estaba servida. Cerca de un centenar de personas, la mitad niños, murieron ese día. Los supervivientes huyeron. En las aldeas cercanas relacionaron las explosiones con la alegría de la fiesta, pero en realidad el enemigo había elegido el día en que la villa vizcaína estaba repleta de gente celebrando a su patrona, Santa Marina, para sembrar sus calles de dolor y muerte.

Junto a un edificio al que le habían arrancado de cuajo una pared que mostraba los tabiques y el interior de los pisos como una tétrica casita de muñecas, encontraron el taller. Limpiándose las grasientas manos con un trapo salió el mecánico que, tras saludar al conductor e intercambiar un rápido diagnóstico de la avería, se metió bajo el capó a reconocer las tripas del camión.

Mientras esperaban, los milicianos empezaron a confraternizar, ya que durante el trayecto la comunicación era imposible. Julián entabló amistad con un chaval de apenas veinte años, Paco, un mocetón del cercano pueblo de Elosu. El chicarrón de aspecto fuerte y noble, con unos ojos increíblemente azules,

brazos de acero y manos rudas, le contó que toda su familia huía ya camino de Bilbao.

A Julián se le puso un nudo en la garganta cuando el fornido alavés abrió cuidadosamente un pañuelo que protegía una arrugada fotografía. Con los ojos vidriosos y las manos temblorosas, el muchacho mostró el retrato de su madre, Marcelina.

Era una fotografía de estudio en tonos sepia, con los bordes recortados y surcada de arrugas, manchas y dobleces. En ella se veía a una mujer guapa y alta. El pelo recogido. Vestido sobrio y oscuro. El semblante serio que delata a los que la vida no ha dado muchos motivos para sonreír. El sello de la honradez y el esfuerzo grabado en la mirada. La dignidad de una mujer trabajadora en la expresión. En brazos llevaba a una niña, la hermana de Paco.

Al apretar el obturador, el fotógrafo capturó en el rostro de la mujer la esencia misma de la humildad.

El robusto gudari enseñaba orgulloso la fotografía. Sin dejar de mirar el retrato, le dijo a Julián que su madre era de Gallarta, que cuando ganaran la guerra volverían todos a Elosu y que para finales del invierno iba a tener otro hermanito.

–Se llamará José Antonio, dijo Paco con una enorme sonrisa.

–Ojalá que para entonces haya terminado todo, pensó en voz alta mirando hacia el nevado Gorbea.

Fumaron un cigarrillo *Bisonte* y hablaron de *football*. Julián era seguidor del Athletic de Bilbao de Bata y Gorostiza que había ganado el último campeonato de Liga y aunque a Paco no le interesaba demasiado el balompié, recordaron la victoria frente al '*Madrid Football Club*', al que la gente seguía llamando Real Madrid, como antes de la República.

—¡Manivela!

Ante la enérgica orden del conductor, el mecánico cerró estruendosamente el capó y giró la palanca del frontal con energía. El carraspeo del motor antes de ponerse en marcha con sonido asmático era la señal para los viajeros. Julián observó a sus compañeros de aventura. La mayoría de los pasajeros eran jóvenes de no más de treinta años. Algunos iban ataviados con un desgastado mono azul. Otros vestían raídos pantalones de pana y una manta sobre los hombros. Alrededor de la cintura, cartucheras y cantimplora. Unos iban tocados con boinas, otros con sombrero, la mayoría calzaba alpargatas de esparto y todos iban desaliñados, sin afeitarse, con abrigos unos, chaquetón otros. El armamento era de lo más variado. Los más afortunados cargaban con sus fusiles naranjeros, llamados así porque se compraron en el extranjero a cambio de un cargamento de naranjas de Valencia. Otros empuñaban escopetas de caza, carabinas, trabucos, mosquetones...

Poco después llegaron a su destino, el monte Mochotegui según dijeron los mandos. La cima estaba flanqueada a ambos

lados por los imponentes Gorbea y Amboto. Robles y sobre todo hayas escoltaban el pastizal redondeado que formaba la cumbre. Un frío cortante y húmedo anunciaba el comienzo del invierno. Desde esta atalaya de ochocientos metros de altura se dominaba el pueblo de Villarreal y la llanada, cubierta ahora por una espesa bruma algodonosa. Las tropas nacionales llegadas de Burgos y Vitoria se habían enrocado en la villa alavesa y no sólo resistían el asedio, sino que preparaban el inminente avance hacia Bilbao. Al oeste, las cumbres del cercano Gorbea mostraban ya un rotundo aspecto nevado. De fondo se escuchaban lejanos tableteos de ametralladora y disparos aislados.

Julián y Paco fueron asignados a una trinchera excavada en el pasto junto a un tupido bosque de hayas. El agujero semicircular tenía unos veinte metros de largo por uno de ancho y otro de profundidad. En el centro de la zanja se erguía un mástil en el que ondeaban una raída ikurriña y la bandera republicana, la cual, pese a las protestas de alguno de los recién llegados, permaneció en su sitio. El fondo de la trinchera era un barrizal, y en uno de sus extremos había un cubo de zinc para las necesidades de los inquilinos de tan inhóspito agujero. Roedores enormes campaban a sus anchas en aquella ciénaga. Uno de los primeros En el extremo contrario en el que se encontraba la rudimentaria letrina se había habilitado un espacio en el que los milicianos, por riguroso turno, preparaban la comida. Casi siempre se hervían patatas y muy

rara vez se añadía conejo o caballo. Si alguien con dotes para la caza conseguía abatir algún despistado raposo, éste también acababa en la cazuela. Para beber, los mandos republicanos solían ser generosos con la ración de vino, pues suponían que regando la línea del frente con alcohol, se disipaba el miedo de la tropa, se disparaba la valentía, el arrojo, la temeridad y el desprecio al peligro.

La zanja estaba coronada por una fila de sacos terreros sobre la que había apostada una ametralladora de fabricación norteamericana *Browning 1919*. La empuñadura de pistoleta de la repetidora era manejada con destreza por una muchacha silenciosa. La chica se hacía llamar Libertad, pero todos sabían que su auténtico nombre, que ella detestaba, era Asunción.

Los compañeros de trinchera, que no aceptaban de buen grado el hecho de que una mujer gobernara la ametralladora, le llamaban *María Asunción* en un retorcido tono almibarado. La burla duró hasta que un buen día Libertad empuñó con ambas manos los mandos de su arma, la desencajó del trípode y giró el pesado cañón de 7 milímetros en dirección al grupo que se reía, quitando bruscamente el seguro sin pronunciar palabra. Se heló la sonrisa de los graciosos y nunca más se volvió a mentar su antiguo nombre en el agujero.

Libertad era una estudiante de arte en Bilbao, cuyo espíritu inconformista y beligerante le había conducido a la primera línea del frente. De su nueva compañera, a Julián le fascinaron

sus enormes ojos verdes, en fuerte contraste con un pelo negro azabache, sucio y despeinado, un aspecto desaliñado y un rostro siempre manchado de grasa negruzca de la *Browling*. Pese a que permaneció largo rato observando a Libertad, la vehemente muchacha no dedicó ni una miserable mirada al recién llegado.

El cuarto día en el monte comenzó a llover. El agua deshizo la poca nieve que se podía ver desde la trinchera. La lluvia hizo mucho más incómoda la vida en la montaña. Se colaba por todas partes, y convirtió el fondo de la trinchera en un barrizal donde comenzaron a proliferar toda clase de insectos y sanguijuelas.

Y comenzó el ataque.

Los insurrectos encerrados en Villarreal eran la vanguardia del gran avance de miles de hombres y carros de combate hacia el norte. La artillería rebelde comenzó a castigar duramente el frente apostado en las colinas vizcaínas. Sus armas eran mejores y más modernas. En vuelo rasante y atronador pasaban oscuros aviones *Messerschmidt* alemanes rociando de plomo las laderas de los montes. A su paso, milicianos y gudarís enterraban sus caras en el barro. En pocas horas, el hospital de campaña no daba abasto con los heridos. La consigna era resistir, pues si cedían el paso a las tropas enemigas, el camino

hacia Bilbao quedaría diáfano. Con los dientes apretados, Julián, Paco y sus compañeros veían pasar los obuses sobre sus cabezas rasgando el aire con un silbido y disparaban en cuanto veían asomarse a los soldados.

La escasez de armas con respecto al enemigo se suplía con astucia. Toribio, un vaquero arratiano que había intercalado el cuidado de las vacas con la lectura de libros de ingeniería, ideó una clase de bomba hecha con una lata de leche condensada rellena de dinamita, tornillos, arandelas y tuercas. La idea del astuto inventor causaba estragos entre los soldados enemigos. El petardo estaba coronado por una mecha negra. Había que encenderla con un cigarro y esperar a que quedaran menos de tres dedos de recorrido hasta la carga antes de lanzarlo. De esta manera se evitaba que el regalito llegara a la trinchera enemiga sin estallar y fuera devuelto.

Libertad manejaba con valentía la ametralladora. Cada poco regaba el arma con agua fría para evitar que reventara. Con sus ráfagas intermitentes mantenía a raya a los soldados. Paco casi podía verles la cara. Asomaban sus cascos por encima de sus trincheras y junto a ellos se veía ondear la bandera bicolor.

Una gélida mañana se heló el corazón de los milicianos. Un prolongado silbido precedió al impresionante aterrizaje de un enorme obús en todo el centro de la trinchera. El proyectil se clavó como un cuchillo en el fondo cenagoso, salpicando

a los aterrorizados gudaris. Pero no detonó. El más valiente de la trinchera, Paco, se acercó a buscar la explicación. La tropa sonrió aliviada cuando el de Elosu mostró a los demás el mensaje que encontró junto a la espoleta de la mole de hierro:

Camaradas, no temáis, los obuses que yo hago no explotan. Un trabajador alemán.

Al cabo de semanas de ofensiva, la situación se hizo insostenible. Desde Vitoria llegaban cada vez más y mejores tropas, mientras el cielo era dominio alemán. La desproporción entre los dos bandos era sangrante. El frío y la lluvia no cesaban. Imposible resistir más. El mando republicano decidió replegar las líneas por Solozarreta hasta unos caseríos cercanos a Ubidea, de manera que abandonaron la ciénaga.

Desmoralizados, recogieron la posición sin cruzarse apenas miradas. Julián ayudó a Libertad a cargar el arma hasta el carro. La ametralladora estaba tan caliente que el muchacho se quemó levemente las manos, lo que sirvió para que, por primera vez, él atisbara un gesto amable en el semblante siempre serio y engrasado de la hermética miliciana. Esbozó una leve sonrisa y Julián sintió por primera vez que la chica de hielo era humana.

La aldea que los mandos habían escogido para instalarse estaba unos dos kilómetros colina abajo, protegida por un

frondoso marojal. Tan sólo se mantenían en pie media docena de caseríos deshabitados. Una sobria iglesia parroquial completaba el inventario de edificios. Sus habitantes, como los de Elosu, Ubidea o San Pedro, habían huido hacia el norte a refugiarse en el Cinturón de Hierro bilbaíno. Los milicianos colocaron las piezas de artillería ligera a la entrada de la calle principal y cerraron los dos accesos con sendas murallas de sacos terreros y un par de bombas trampa.

A lo alto de la iglesia, en el campanario, se izó la ametralladora de Libertad, que no se despegaba de su inseparable compañera ni un segundo. Julián, Paco y una decena de chicos más se apostaron sobre los sacos con sus naranjeros a mano. Los mandos escogieron una cuadra para instalarse y establecer el telégrafo. Se repartió el rancho, cada vez más frugal, una lata de sardinas y un chusco por cada dos.

La noche cayó sobre la montaña y con ella llegó la nieve. Los copos se depositaban suavemente sobre las calles y los tejados del pueblo. Julián se acordó de los plácidos inviernos en el baserri familiar de Abadiño, observando junto a la estufa de carbón cómo la nevada cubría el Amboto.

El cansancio le venció, pero despertó antes del amanecer y se felicitó de que nadie le hubiera descubierto durmiendo en su puesto de vigilancia. La nieve teñía de un blanco azulado la ladera y la luna casi llena se asomaba intermitente entre las nubes rápidas, negras, alargadas. La plateada claridad

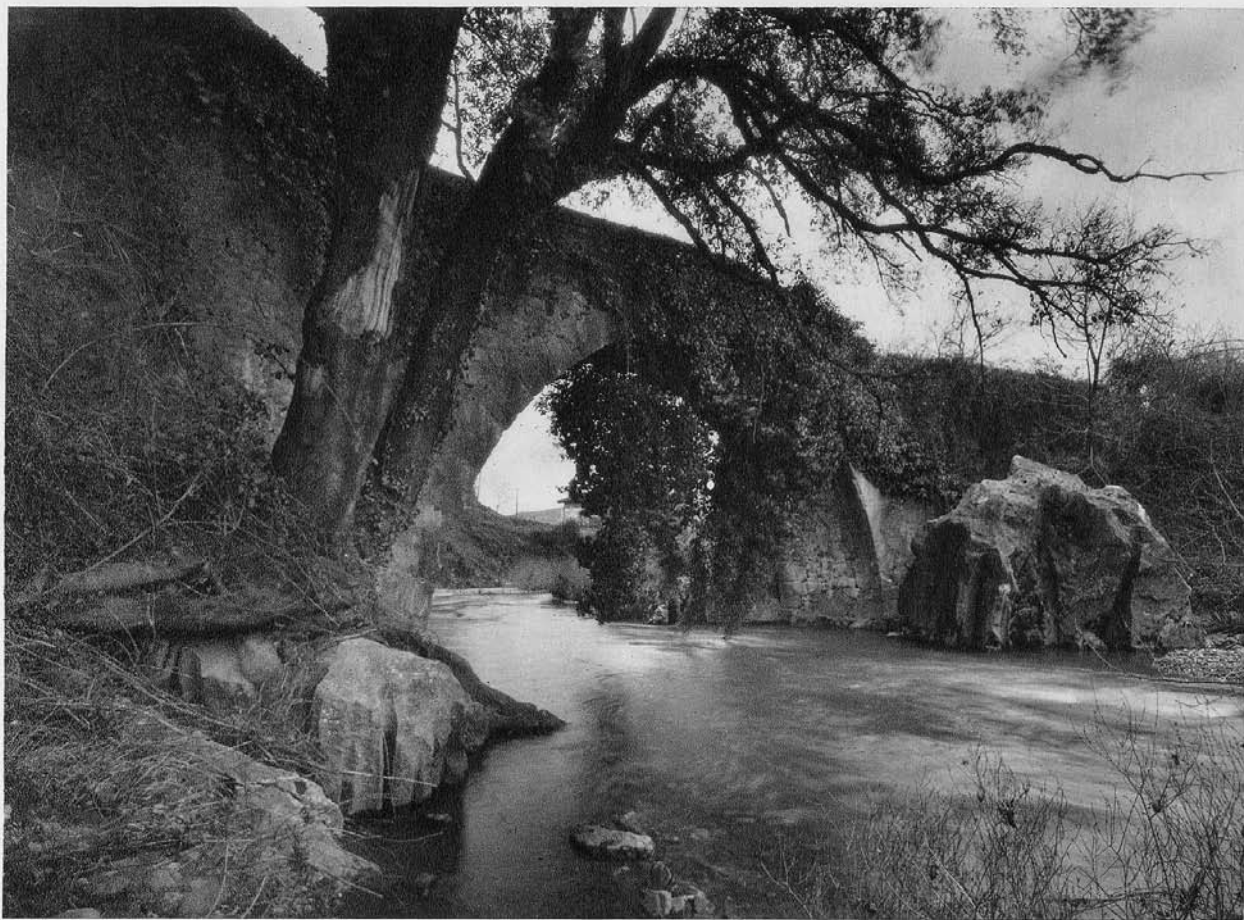
esbozaba los detalles de los montes cercanos. Demasiada luz para que ataquen esta noche, pensó.

Julián giró la cabeza hacia lo alto de la torre de la iglesia. La candente brasa de un cigarrillo delataba la presencia de Libertad, centinela insomne, escrutando la noche en busca de su objetivo. Parecía que no necesitaba descansar, de la misma manera que no necesitaba conversar con nadie.

Tumbado en su trinchera, también sin necesidad de dormir, Paco desdobló delicadamente su pañuelo. Como si fuera de cristal, tomó con sumo cuidado el retrato de su madre y lo introdujo suavemente entre dos sacos terreros. Por último, con sus manos de hierro, dobló la frágil fotografía hasta conseguir que los ojos serios y dulces de Marcelina se clavaran en los suyos. De esta forma podía disparar sin perder de vista su tesoro en sepia.



Nota al lector: Gran parte de este relato es real. Mi tío Paco sobrevivió a la guerra. Tras la derrota, pasó mucho tiempo en batallones de castigo antes de poder regresar a Elosu. En su vejez disfrutaba narrando una y mil veces las batallas que vivió. Escuchándole, yo disfrutaba más que él. Mi amama Marcelina, la mujer de la fotografía, tomada en 1922, murió en la primavera de 1937 tras ser alcanzada por una bomba. Días antes, en Zeanuri, había dado a luz a José Antonio, mi aita.



PUERTO DE ARÁNZAZU (Arratia)

ARANTZAZU'KO ATIA (ARATIA)

Durante mucho tiempo, el camino natural entre Bilbao y Vitoria pasaba por Aránzazu y el valle de Arratia, a los pies del Gorbea.

LOS VIAJES
DEL HAMBRE

M^a ISABEL ANDA
UGARTE

ACCÉSIT

MODALIDAD CASTELLANO

Al fuego de la chimenea baja y mirando de soslayo por el ventanal que hay a mi izquierda, me vigila el Gorbea. A sus faldas nací y a sus faldas sigo, como si se tratara de la misma madre que me parió. He de reconocer que estas piernas, que lo atravesaron por todos sus rincones como si fuera un queso de Gruyère, flaquean temblorosas en este sillón ligeramente ajado, al igual que yo, por el paso inexorable del dios tiempo. Apenas puedo leer. Cuando podía no había ratos libres, ni libro que echarme a las manos y además, las cuatro reglas básicas que a duras penas pude meter entre ceja y ceja, estaban cogidas con pinzas. Ahora veo correr el reloj, va más despacio, acariciando cada uno de los segundos que en mi niñez y juventud iban a saltos, quizás porque los relojes de antes no eran tan perfectos, o quizás porque solo tenían dos horas, las que marcaban el sol y la luna. Ahora me quedo mirando fijo a las llamas del fuego que me acompaña, vivas y humeantes, que se escapan y tratan de escurrirse hacia el cielo, y me veo a mí mismo, joven, huyendo por la oscuridad de los montes y de los senderos vírgenes. Bajo mi mirada escasos centímetros, y ahí me veo, reflejado en estos instantes, en esos leños atrapados a los que poco a poco va engullendo el fuego. No se mueven, pero lentamente van desapareciendo como si de un bloque de hielo se tratara. Desde

el trono que me acuna como un barco encallado, la llama me hipnotiza, me absorbe, me llama al recuerdo y... comienza a vadear mi pensamiento, a nublar mi vista...

Niebla blanda, gorda, de paso, mojada... las conocía todas como quien conoce a sus hijos y había aprendido a convivir con ella, a dejarme acompañar por ella más que a luchar en su contra. Desde que empezaba la recolección del cereal, trigo sobre todo, desde el mes de junio hasta octubre, y mientras las condiciones meteorológicas lo permitían, comenzaban mis viajes, día sí, día no, dedicados al venerable oficio del estraperlo, y digo lo de venerable porque a mi padre así se lo parecía, siendo el único destinatario de tal peculio, y por ende yo, como parte de la familia. A pesar de ello, no veía ni un real, ni un trozo de pan que echarme a la boca a lo largo del camino, solo el hambre, a la que fui capaz de ponerle cara, a pesar de lo que digan algunos resabidillos, que por tratarse de una palabra abstracta ni se ve, ni se toca. Cuando lanzaban las mondaduras de las naranjas a los cerdos en un caserío cercano a mi casa, saltaba tras el cerrado, las cogía y las engullía. Esa corteza anaranjada, rizada como un tirabuzón y agria como la hiel, es el hambre.

–Marcos, pasado mañana hay que llevar la carga a Arratia, al molino de Zeanuri– me dijo mi padre

–¿Cuántos llevo?

–Llevarás todos, los cuatro burros.

Sin cumplir los catorce años, menor de edad, –pero en aquel entonces no se entendía nada de estas determinaciones legales y, como decía mi padre, éramos animales y, como a ellos, la protección materna duraba escasos meses–, me vi actuando en el escenario del estraperlo del cereal. Había dejado en el baúl del olvido mi niñez y había pasado de golpe y porrazo al mundo de la ilegalidad, la pillería y las triquiñuelas, sin despertar de la inocencia.

Salía hacia las tres de la tarde con los cuatro asnos, de buen porte todos ellos, aunque un poco achuchados por el trasiego de kilómetros y de carga. Oscuros y pardos, fáciles de camuflar tras el follaje vegetal, escurridizos y sufridos para atravesar por los senderos que les llevaban al granero de la llanada alavesa, y para cargar sobre sus lomos un saco de trigo que rondaba los cien kilos y hasta ciento diez.

Sabía que el día en que había viaje, era una jornada sin sueño, de muchos kilómetros a pie, con la única compañía de los pollinos y de los sobresaltos que me pudieran acontecer durante la travesía. Una casa encantada de barraca, oscura, con luces tenues y personajes que saltaban en el momento más inesperado, pero que no iban de guasa. Un día de incertidumbre, donde a la necesidad se rendían todos los miedos, fantasmas y castigos.

Me levanté de mi catre y metí mis escuálidas patas –porque no podría decir que aquellas estacas de huesos fueran piernas– en un pantalón que guardaba del original solo la cintura, el resto

eran remiendos en todas las direcciones y esquinas; una faja estrecha que pusiera a buen recaudo mis riñones; una blusa negra abierta hasta medio pecho, con los puños fruncidos; y por encima, un tirante cruzado que sujetara bien los pantalones que más de una vez estuve a punto de perder. Me calzaba unas abarcas de cuero con peales, unos gruesos paños cuadrados que los envolvían, y luego las ataba al tobillo con una cuerda negra.

Ahora les tocaba el turno a ellos, a los ‘*Plateros*’ de postguerra. Cogí al que hacía de guía y le coloqué el ronزال, y a todos ellos la cincha con una pequeña manta encima, y así comenzamos la travesía a la búsqueda de “*el Dorado*”.

Ese día pegaba el sol sin compasión desde primeras horas y el calor apretaba el alma, pero sobre todo los pies. La abarca se había secado y había encogido uno o dos números. No tenía otra cosa en mente que parar bajo el puente, y sumergirlas para que dieran de sí lo que habían mermado, bajo riesgo de dejármelos redondos como los de un elefante.

De nuevo con los pies frescos como lechugas y ya en la llanada, comencé a reírme yo solo recordando lo que la semana anterior había hecho mi amigo Ignacio. Y es que en la soledad de mis caminos había aprendido a reír, a llorar, a hablar y a desesperar, todo conmigo mismo. Lo que nunca me dejó la soledad era morir, abandonarme, dejar de luchar. Me enseñó a ser un superviviente de campos y bosques, una especie más de su fauna a pesar de las variopintas amenazas que me rondaban,

siendo las más peligrosas las que venían de algunos animales con dos piernas.

–¡Alto o disparo! –atronó una voz que provenía de unos zarzales.

Logró romperme la sonrisa y desencajarme la mandíbula. Miré y vi –al otro lado de un revólver *Smith and Wesson* calibre 38 con percutor oculto–, al ‘*pistolero*’, como le llamábamos, el único que tenía un arma, a excepción de la Guardia Civil, que rara vez la utilizaba en casos de estraperlo como este.

Tras la amenaza y gracias a la información previa que tenía de mi amigo, eché a correr y mis pies comenzaron una carrera en la que estaban más tiempo en el aire que en el firme, al igual que las patas de los asnos, desapareciendo de la escena en escasos segundos. El sujeto en cuestión era un “somatén”, un guarda de campos que daba cuenta de lo que ocurría por los alrededores, y en su caso, se había tomado más atribuciones de las que le correspondían, para así ganarse algún galón delante de las autoridades como delator, pero en esos tiempos daba lo mismo, el caso era medrar a costa del mal ajeno. Éramos varios los que lo teníamos entre ceja y ceja, entre ellos mi amigo Ignacio, quien propuso un trato a su hijo donde le compraba cuatro balas por un real cada una. Así que cuando me tuvo a tiro, yo ya estaba al corriente de su falta de munición y, pulsó tantas veces como balas pensó que tenía en la recámara pero ninguna salió porque ya habían volado. En

ese mismo momento aproveché la coyuntura para poner pies en polvorosa.

Llegué al punto de carga y até los cuatros sacos, uno en cada uno de los burros. De uno de los laterales de la cincha, pasaba una cuerda hasta la cola, le daba dos vueltas junto con un pequeño nudo y la llevaba por el otro lateral hasta atarla de nuevo, para evitar las caídas de la carga en las cuestas.

El temor se acrecentaba en el camino de vuelta, ya cargado, pues si me atrapaban, me dejarían sin burros, sin trigo y con una multa que para pagarla tendría que volver a navegar por las mismas aguas prohibidas.

Serían en torno a las diez de la noche cuando encaré la vuelta. Siempre a deshora, en la oscuridad, sin lunas ni linternas de testigos, por senderos que uno no va ni de día, con un poco de pan duro si lo había y agua que arrebatava a los arroyos que se cruzaban a mi paso. A pesar del calor del día, amenazaba tormenta, y los primeros chispazos se disparaban en lo alto del monte Gorbea. Comenzaba a ulular el viento y a moverse las ramas, aparecían fantasmas a cada instante, rodeados de negrura, se me movían por la espalda, por el frente, hasta se metían en mi cabeza. El cárabo, el búho y la lechuza, soplaban en mis orejas y me confundían. ¿Y si son contraseñas de algunos que vienen tras mis talones?

Cuando me asaltaba el miedo y la lluvia comenzaba a dejarse caer, me ponía un saco abierto y anudado por sus dos puntas

al cuello para evitar que me taladrara los huesos. La noche sería dura y había que cruzarla, solo era cuestión de tiempo y el amanecer llegaría tarde o temprano. A pesar de que a esas horas los cuerpos no tienen forma, están diluidos en el aire, son sombras, reflejos e incluso imaginaciones de mi pensamiento, tenía que tomar precauciones. Uno de los burros, el guía, además de ser fuerte para llevar la carga tenía la particularidad de que rebuznaba con facilidad, y para evitar darnos a conocer en aquella oscuridad, solía atarle la cabeza hacia abajo, y de esta manera evitar que hiciera uso de sus cuerdas vocales poniéndome en un serio apuro, porque los malos ratos ya venían por sí solos como para andar tentando a la suerte.

—¿Quién va?— preguntó una voz invisible. Intenté buscar, situar el bulto desde donde se lanzaba y observé una sombra.

—El mismo que tú —respondí.

A esas horas intempestivas y por esos caminos siempre nos juntábamos los mismos, más del gremio.

—¿Cómo ha ido el día?

—Hemos tenido encontronazo con “*Pinocha*”, le hemos aflojado unas monedas y nos ha dejado continuar el camino.

El tal sujeto era también otro guarda de campo que, como todos, se extralimitaba en sus funciones y se dedicaba a lo que no debía, sacar unos dineros a los contrabandistas, lo

cual tenía su riesgo si llegaban a hacerle frente. A ‘*Pinocha*’ su mote le venía dado por la carencia de tal apéndice que debió perder en alguna trifulca, ¡lástima que no le arrancaran la cabeza entera!

El grupo de arratianos y yo nos dirigíamos a descargar el trigo en los molinos de Yurre, Castillo–Elejabeitia y Zeánuri, y con la compañía en el camino, se sentía uno más arropado. Al poco volvimos a dispersarnos por aquella maraña de árboles y arbustos. Ipiñaburu, que asumió como suyo el nombre de su pueblo, y yo, seguimos por la misma senda hasta llegar a Zeánuri, y una vez en el molino no solo descargamos la carga de los burros, sino otros tantos kilos más de la losa que llevábamos entre pecho y espalda, de todos los fantasmas del camino, un rosario de preocupaciones y temores que se contagiaban como la peste. Ahora ya el trabajo era el de los otros, el del molinero para convertir el grano en harina, y el del repartidor que lo distribuía por Bilbao. En ese momento, al dar la media vuelta, las piernas comenzaban a temblar y si se tocaban ambas, castañeteaban como si de dos palos se trataran, el cansancio y el estómago, más vacío que el bolsillo de un pobre, me daban un toque.

–¿Qué, vamos de retreta? –me decía con sorna mi amigo Ipiñaburu.

–¿O mejor a mi casa a darle un susto a esas tripas?

Lo del susto era para llenarlas de improviso con ‘borona’, una otana gruesa y amarilla hecha con pan de maíz, y luego agua a demanda, la que cogía de la pila de un riachuelo. Tras este opíparo desayuno me quedaba la vuelta, una vuelta a lomos del burro guía. El notaba la diferencia, cincuenta kilos de huesos, y yo también. Con el dulce traqueteo del pollino, me balanceaba de lado a lado al más puro estilo de una cuna y cuando caía en brazos de Morfeo, en los momentos de miel y de azúcar, cuando la cabeza iba en blanco, cuando soñaba con una sábanas calientes, una comida humeante en el plato, y un pan tierno, me resbalaba y golpeaba contra el suelo. Entonces decía para mí: «¡Mierda! Hasta soñar vamos a tener prohibido los pobres». Sin embargo, a veces el destino se encargaba de regalarnos algún caramelo y tras uno de los muchos golpes, al abrir los ojos vi el reflejo de una lata. Me levanté y de entre las zarzas saqué un bote. Lo abrí y con los dedos fui sacando como podía los garbanzos con chorizo que guardaba, mientras el caldo se me escurría entre los dedos, y me los llevaba con frenesí a la boca. Una lata, –olvidada unos años atrás en la guerra, con las prisas de los soldados o quizás por la bala que a su dueño le arrebató la vida–, cayó y se fue rodando. No miré la caducidad porque ya me avisaría mi paladar o sino más tarde mi estómago, no hice ascos y es que me sabían cojonudas. Con el estómago recompuesto, la niebla se había echado y no se veía ni a un palmo de distancia, cogí del ronzal al guía, y él, como mi lazarillo, me llevó a casa.

Y después de los años, frente a mi chimenea baja paladeo con la lengua buscando el mismo placer, mirando de soslayo al Gorbea, con las manos temblorosas, cazando los recuerdos al vuelo para que no se evaporen, para que mi cabeza los retenga mientras siga vivo al igual que la llama, y cuando mi corazón deje de latir vayan agazapados entre mis manos y mi pecho, bajo la camisa negra de puños fruncidos que aún guardo. Pero ya no será posible porque una de mis historias se me ha escapado entre los labios y ha caído sobre un papel en blanco. Lástima, una parte de mi vida se quedará aquí cuando yo eleve el vuelo.





«Idi probak», arrastre de piedras por bueyes. Este deporte rural es de origen muy antiguo y está muy extendido por el norte peninsular, especialmente en el País Vasco y Navarra. La prueba consiste en que una yunta de bueyes consiga arrastrar por una plaza o recinto acondicionado al efecto una piedra, que puede tener un peso variable entre 1.500 kg. y 4.000 kg. en una distancia determinada o en un tiempo prefijado.

**MEMORIAS
DE OTRA VACA**

**JAVIER REVILLA
CUESTA**

ACCÉSIT

MODALIDAD CASTELLANO

—¿Tú crees? —le dije resignada. Sabía que no tenía otra salida que escribir las memorias. Si no, lo que he dicho antes, que tendría que oír su cantinela noche tras noche.

—Estoy segura, hija mía. Debes escribir.

—Entonces voy a traer papel y tinta. Empezaré la tarea con el primer rayo de luz.

Y eso es lo que hice.

Memorias de una vaca, Bernardo Atxaga, 1992



Pues no. Mo y esa francesa sabelotodo de los quesitos, La Vache qui Rit, no son las únicas vacas instruidas. Aquí donde me ven, con estas pintas, yo también soy una vaca y escribo. Con pseudónimo, ya saben que una vaca no es amiga de la notoriedad. Otra cosa son los toros y sus plazas. Además, yo no soy como Mo, que estaba empeñada en demostrar que no era tonta. A mí eso me da igual. Incluso asumo que tal vez lo sea. A mí lo que más me gusta es meter el hocico donde no me llaman, observar y luego darle muuuuchas vueltas a las cosas. Rumiarlas, como hago con la hierba.

Así, dándole vueltas a las cosas, me he dado cuenta de que algunas resultan muuuuy chocantes. Sobre todo las relacionadas

con los hombres. Por ejemplo, me resulta muuuuuy curiosa la relación de los humanos y las telas. Hay hombres que idolatran las telas. Las de determinados colores les infunden una descomunal euforia. Sin embargo, las telas de otros colores les provocan una espeluznante ira. Cuando se juntan muuuuuchos hombres a los que les produce euforia la contemplación de una misma tela, suelen colocarla en lo alto de un mástil, en los balcones de los edificios oficiales y la tejen en la camiseta de su selección nacional. Los más osados llevan estas telas a los Polos, a los picos más altos o incluso a la luna. No sé que mosca les habrá picado a los hombres con el color de las telas. Debe de ser algo místico que se escapa al raciocinio de una vaca pinta.

Hay veces que los hombres te ponen de mala leche (la mala leche es la que más cuesta uperisar). Por ejemplo, a mí me pone de muuuuuy mala leche que me soben las ubres torpemente. Como los ganaderos jóvenes que te estrujan las tetas como si estuviesen truncando racimos en el majuelo. Los ganaderos más experimentados, sin embargo, sacan la leche haciéndote cosquillitas en los pezones. La verdad, si te lo hacen bien, a mí no me importa que me ordeñen. Ese peso que me quitan de encima... También me pone de mala leche que no tengamos un salario. Vale, estamos mantenidas, pero los márgenes de ventas de nuestra producción de leche dan para más que eso. El ganadero nos exprime de cabo a rabo y le daría en los morros una buena leche. No puede ser que sus costes de manufacturación sean mínimos debido a la ausencia de un sueldo que, sin duda,

nos merecemos. Que menos que mil euros por cabeza, aunque eso son las cuentas de la lechera. El caso es que, como no hay un sindicato de vacas, así nos lucen los cuernos.

A los hombres les he escuchado muuuuuchísimas veces que las vacas miramos muuuuuuy fijamente al tren cuando pasa cerca de nosotras. Es cierto, pero es que ya huele a cuerno quemado la dichosa frasecita. Además, tiene su explicación. Entre nosotras y los toros hacemos apuestas tratando de adivinar a qué destino va el siguiente tren que nos pase por delante. Nos jugamos la franja del prado donde la hierba está más alta, la posición a la hora de alinearse en el bebedero y cosas así. Nos asignamos puntos en función de los aciertos o la proximidad del destino al que apostamos con el que lleva el tren. Por eso lo miramos. Para buscar en el tren la chapita donde pone el destino que lleva. Hay que estar muuuuuuy atentas, porque los trenes van a toda leche.

Me he dado cuenta de que los hombres son muuuuuuy envidiosos. Pero eso, por desgracia, nos pasa también a las vacas. Especialmente nos gusta dar envidia. Como mi amiga Marisa, que aunque nació muuuuucho más arriba del punto en el que la ría de Bilbao cambia de género, les cuenta a todos los del establo que ella es de una ciudad con mar. Cuando empieza así, yo suelo mandarla al cuerno, porque se pone más pesada que una vaca en brazos. Yo no soy una vaca envidiosa. No me importa no haber visto el mar ni disimuuuuulo por haber

nacido en una pequeña aldea sin ninguna historia. Sólo suspiro por una cosa: las botas de goma que lleva el granjero. Daría uno de mis cuernos por poderme poner las botas del granjero y no tener que pisar nuestras propias inmuuuuundicias. Ya sé que una vaca con botas sólo se ha visto en la película *'Top Secret'*, pero a mí me llenaría de gozo tener las pezuñas limpias y pisar el suelo con unas buenas botas impermeables.

Me sorprende de los hombres que tiendan a juntarse muuuuu-chísimos en pequeños espacios que llaman ciudades. Este hacinamiento lleva consigo atascos de tráfico, tener que vivir en enormes bloques unos al rabo de los otros, colas en las tiendas, muuuuuchedumbres... En fin, que no lo entiendo. Algunas compañeras, las más melindrosas normalmente, hablan maravillas de la vida en la ciudad. Pero a mí me da lo mismo. Yo en el campo me lo paso teta. Creo que no hay una belleza más limpia que la del firmamento contemplado desde la oscuridad solitaria de una cumbre. Para mí eso es la leche, y en la ciudad, con sus muuuuultitudes, no lo tienen. El resplandor de las luces de neón, que ensucia de luz el aire, apaga esa belleza. Hay quien disfruta con la televisión o en una discoteca. Yo no. Yo disfruto contemplando las constelaciones. La Osa Mayor, Andrómeda, Perseo, Casiopea,... Disfruto especialmente con las doce del zodiaco. Resulta divertido que los hombres creen que en función de la posición de los planetas en estas constelaciones se puedan predecir algunas cosas. En todos los periódicos, revistas y en muuuuuchos programas de radio de los humanos tienen un

horóscopo. Las vacas no somos tan crédulas. Y luego van por ahí autoproclamándose ‘animales racionales’ y hablando de la enfermedad de las vacas locas. Pues anda, que ellos... ¿Cómo calificarían los humanos a una vaca que creyera que porque Saturno se ha alineado con Venus en su signo zodiacal va a comer una hierba más fresca esa semana? Blanco y en las tetas...

A los humanos el amor les produce muuuuuchísimos quebraderos de cabeza. Que si me quiere, que si no me quiere... A nosotras no. Como venimos con los cuernos de serie, ya damos por hecho que la fidelidad no es nuestro fuerte. El amor para nosotras significa encontrar a un toro que esté hecho un toro y nos consiga la mejor hierba. Yo en el amor nunca he tenido suerte, a pesar de que soy una vaca con muuuuuuy buenas pintas. Pero es que los toros son muuuuuuy simples. ¡Siempre están pensando en sus corridas! Una vez salí con un toro manso que se había criado en Salamanca. Pensé que se habría instruido en la universidad, pero resultó que no, que venía de una finca próxima a La Alberca. Como tenía dudas sobre su lado metafísico, decidí coger al toro por los cuernos y un día, arrugando un poco el hocico, le puse a prueba.

–Me pregunto si la felicidad de otros, siendo totalmente ajena a nuestra causa, puede hacernos felices a nosotros mismos. ¿Tú qué opinas?

Nunca supe su opinión. Salió corriendo dejándome con la duda entre los cuernos. A toro pasado, sólo puedo decir que tal vez

la pregunta no era la adecuada, pero sólo era una pregunta. Más tarde supe que ese mismo día se había embarcado rumbo a la Patagonia. Cobarde. Y simple, como todos los toros que conozco, se críen en Salamanca o en Reinosa. Por eso, yo a los toros los miro desde la barrera. Lo malo es cuando estamos en celo. Nos entra un calor desconcertante desde las patas que nos va subiendo hasta los cuernos y se nos excita hasta el cencerro. Cuando me pasa eso, tengo una frase fetiche que no suele fallarme. Le digo al primer toro que me gusta:

—¡Bravío, demuuuuuéstrame que es verdad que hasta el rabo todo es toro!

El toro suele entrar al trapo y todo acaba como tiene que acabar. He de reconocer que algunos rabos de toro han sido deliciosos, pero yo prefiero no estar en celo. Tanta excitación me deja atolontolondrada.

A los hombres a veces también les gusta la hierba, pero no para comérsela. Algunos disfrutan fumándosela, pero eso es ilegal. Me parece que te lo pasas tan bien que quieres repetir y repetir. Si fuese legal, no habría hierba suficiente para todos. No quisiera meter la pezuña, pero diría que por eso la han debido ilegalizar. No, yo me refiero a la hierba que ellos llaman césped. A los hombres les encanta hacer rodar una cosa esférica sobre ese césped. Su ritual es siempre parecido. Se juntan miles y miles de ellos alrededor de un rectángulo de hierba. En ese rectángulo hay una pequeña cosa esférica, once hombres vestidos de

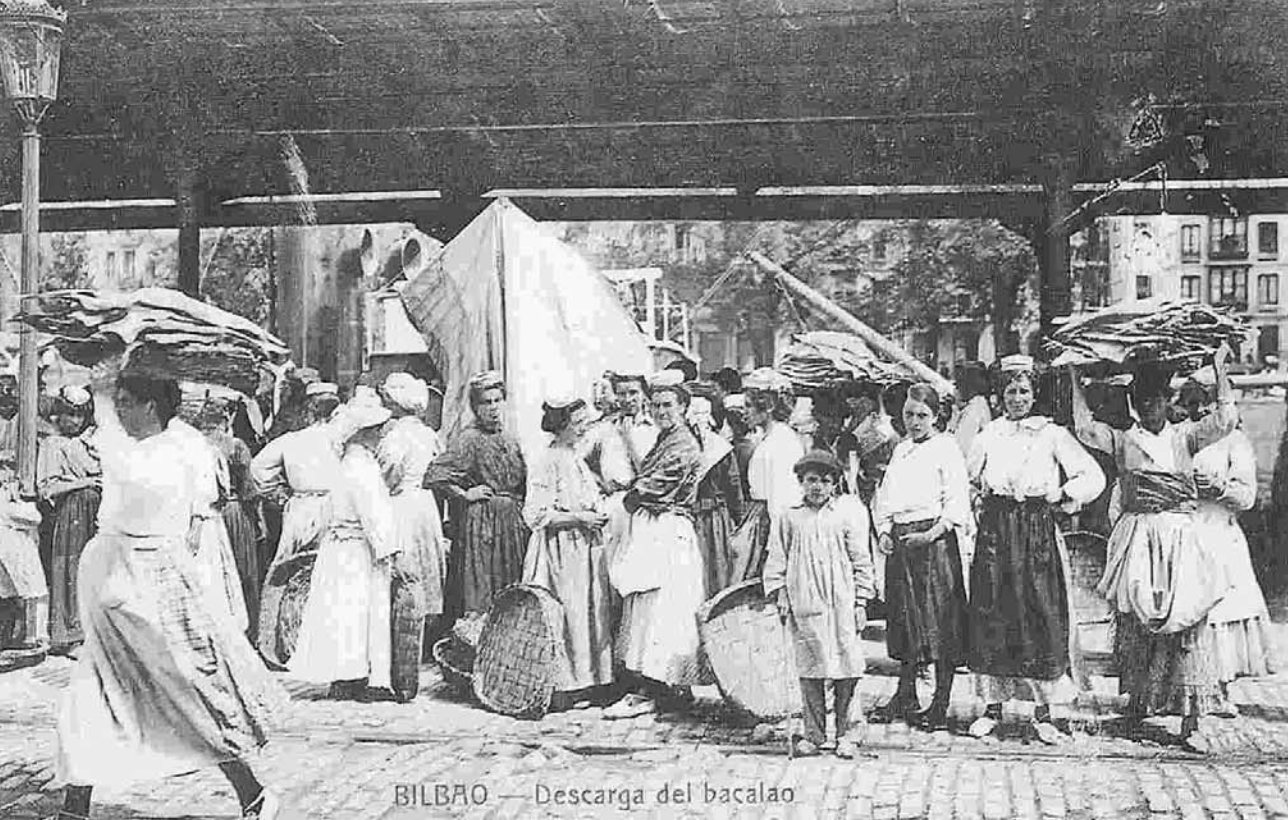
un color y otros once de otro, además de tres con silbato a los que todo el muuuuundo insulta. Cuando uno de los del silbato pita, en vez de ponerse a pacer tranquilamente, los veintidós hombres se ponen a correr detrás de la cosa esférica y le sueltan unas coces tremendas. Si la cosita esférica llega a una de las dos redes que hay en los extremos del rectángulo, la mitad de los miles que están alrededor salta de alegría y agita muuuuuchas telas. Si la cosita esférica llega a la otra red, salta de alegría y agita telas la otra mitad de los mirones. Este rito dura casi dos horas y en todo ese tiempo, ni uno solo de esos pánfilos le da un bocado a una minúscula brizna de hierba. No entiendo cómo, sin embargo, por la cosa esférica esa los hombres se rompen los cuernos.

Otra cosa por la que los hombres se rompen los cuernos es el dinero. En el fondo sólo son trozos de papel o de latón, pero como intercambian eso por cosas, pues es el tema es harina de otro costal. Nunca se ponen de acuerdo y todos piensan que deberían tener más. Los trabajadores dicen que deberían pagarles más. Los empresarios, que con todo lo que pagan a sus trabajadores pierden dinero. Los bancos piden dinero por guardar el dinero. Los parados y pensionistas dicen que, con el poco dinero que les dan, no llegan a fin de mes. Todos juegan a las loterías con la ilusión de despertarse un día millonarios. Todos temen las crisis económicas...

Nosotras, las vacas, no hablamos de crisis económicas. Simplemente decimos que, si la cosa va bien y el pienso es

abundante, es una época de hombres gordos. Si la cosa va mal y escasea la hierba, estamos pasando una etapa de hombres flacos. Donde dicen que las vacas son inmuuuunes a los ciclos de hombres flacos es en la India. Al parecer, la India es el lugar donde mejor tratan a las vacas. Al menos eso cuentan que les han contado las vacas más viejas del establo, pero ninguna lo sabemos con seguridad. Como no viajamos ni nos ponen un puesto de Internet en la cuadra... El caso es que dicen que en la India las vacas van por donde quieren y la gente nunca les impide el paso. Dicen que nadie las ordeña ni come su carne. Allí las vacas muuuuieren de muuuuerte natural y los humanos nos tratan como si fuésemos de su familia. Todo esto es gracias a una especie de culto que creo que se llama intrusismo, o algo así, que dice que somos animales sagrados. Pues ya que estamos metidos en harina, os digo que creo que igual es verdad. A las pruebas me remito. Nosotras transformamos cada día el agua y la triste hierba del granjero en leche y chuletones. ¡Eso es un milagro, y no lo de las bodas esas en las que dicen que uno convirtió el agua en vino! En fin, que yo no descartaría nada, por si las moscas. También dicen que las vacas no escribimos y mirad: Mo tiene una novela y yo, que soy más breve, tengo este relato.





BILBAO — Descarga del bacalao

La afluencia masiva de embarcaciones con mercancía general, de diversa índole, procuró empleo a mujeres durante muchos años, cargueras que porteban bacalao, carbón, maderas, jabón, etc. También llegaban hasta los muelles vaporcitos pesqueros que vendían el pescado «a tanto el plato».

SANTA
ÁGUEDA
LA VEN-
GADORA

CONSOLACIÓN
ACEVEDO PÉREZ

MODALIDAD CASTELLANO

ACCÉSIT

Águeda tuvo una infancia feliz, fue a la escuela el tiempo justo para aprender a leer y escribir, porque como todas las chicas de su época, su destino era casarse con Pedro, su novio de toda la vida, tener hijos y un hogar que oliese a manzanas. Dos días antes de él subiese a bordo de un barco bacaladero rumbo a Terranova, Águeda supo que estaba embarazada. Se lo dijo a Pedro hecha un mar de lágrimas, porque su ilusión era que todo fuese como tenía que ser. Primero la boda, luego el embarazo y luego su primer hijo. Pero las cosas acontecieron distintas, y desde entonces todo cambió también. Con la emoción de partir, Pedro no le prestó mucha atención a su novia. Le prometió volver antes de que su barriga empezase a engordar. Entonces celebrarían la boda, y nadie se enteraría de nada. Pero durante tres meses no tuvo noticias de Pedro, apenas comía y con dos horas de sueño parecía tener bastante. Águeda, avergonzada por su creciente barriga, se recluyó en la casa de sus padres y se fue secando como una pasita. Enfermó de anemia, y se alimentaba únicamente de los brebajes que le daban hechos a base de hígado de ternera. Su tiempo transcurría ordenando el ajuar. Ponía los juegos de cama en un cajón con los embozos hacia la derecha, al día siguiente cambiaba de opinión y los

colocaba por colores, pero mezcladas mantelerías, sábanas y toallas. Nadie se atrevió a contarle que los demás marineros sí habían escrito cartas a su familia. Pedro también escribió a su madre y le informó de que no pensaba volver para casarse con Águeda porque había decidido empezar allí una nueva vida. Las lavanderas oyeron el rumor y lo transmitieron de boca en boca. Aunque Águeda no salía de la casa de sus padres, una mañana en que bordaba tras los visillos de su alcoba, pudo oír la conversación que dos mujeres tenían en la calle. Se sumió en la vergüenza y la humillación, cuando supo que Pedro jamás volvería a buscarla. Se despreció a sí misma y a la criatura que llevaba en el vientre.

Criaría a un hijo sin padre y sería la vergüenza de toda su familia.

Se sumió en la enajenación, dejó de asearse, y no se dejaba ver desnuda por nadie. Llevaba la barriga atada con unos vendajes para disimular su prominencia. Los vecinos empezaron a murmurar, y a punto estuvieron de venir a buscarla los loqueros. Acercarse a ella para hacerla desistir de aquella actitud autodestructiva, se había convertido en una tarea irrealizable. No quería oír sermones de quienes, según decía, la habían tenido engañada tanto tiempo. Si no tenía nada más contundente a mano para tirártelo a la cabeza, solía recurrir a las patadas y los mordiscos. Todos le decían que debía hacerlo por el niño, que no tenía culpa de nada. Ella pensaba

justamente lo contrario: la existencia de aquel impedimento dentro de su vientre era lo que había cambiado el rumbo de su destino.

Tuvo un aborto espontáneo a los cinco meses de embarazo y, como el feto ya estaba completamente formado, se pudo ver que era una niña. A la abuela Chenchá le dio tanta pena tirarla al retrete que la metió en un bote con alcohol y, a modo de altar, la puso sobre la cómoda de su habitación. Nunca le faltó una lamparilla de aceite y unas flores a la pequeña Aguedita.

El aborto requirió una larga convalecencia por la tremenda debilidad en la que se encontraba, pero cuando por fin se pudo recuperar, Águeda solo tenía una obsesión: tejer ropa de canastilla. Patucos, toquillas, jerséis y colchas de cuna. No parecía cansarse. Cuando anochecía, encendía el candil y continuaba hasta la madrugada. El sueño la vencía a punto de amanecer y, cuando se despertaba la abuela para hacer el café, la encontraba dormida, encorvada sobre la labor y con las agujas bajo los sobacos. La ayudaba a meterse en la cama, pero a las pocas horas ya estaba lista para continuar con su obstinada tarea. El resultado de aquel delirio era de tal belleza que su fama se extendió por toda la región, y las muchachas casaderas de los pueblos vecinos le encargaban las canastillas para sus criaturas aún por engendrar.

Durante aquellos años de manufactura frenética, los pechos de Águeda no habían dejado de crecer y crecer, y ahora tenían

el volumen de dos inmensas calabazas. A pesar de su delgado cuerpo, se veía obligada a usar grandes batas que albergasen las protuberancias de su anatomía.

Tejer con las agujas bajo los brazos cada vez fue más difícil, hasta que se convirtió en un reto imposible. Sus pulmones no soportaban la presión a la que estaban sometidos, y cada vez le costaba más respirar. Permanecía todo el día tumbada entre cojines mirando al techo, porque hasta hablar se había convertido en una tarea agotadora.

Fue por entonces cuando recibió la visita de la madre de Pedro para entregarle en mano la carta que le había encomendado llevar a su novia. Tumbada sobre sus cojines y colmada de una mustia felicidad, tuvo conocimiento del arrepentimiento que Pedro mostraba, de sus súplicas de perdón y sus promesas de amor eterno. Era su última oportunidad para estar juntos por siempre. Juraba que nunca la abandonaría y le prometía fundar aquella familia que juntos habían soñado tanto tiempo durante su largo noviazgo. Tanto su letra desganaada como su prosa abatida denotaban una sinceridad imposible de poner en duda. Las dos mujeres lloraron juntas, unidas por el amor que sentían hacia aquel hombre desconsolado, que volvía a sus orígenes tras la obnubilación de lo que creyó el paraíso. Volvería en uno de los buques de la empresa, y calculaba que a primeros de febrero llegarían a puerto, justo para la romería de Santa Águeda.

Durante la travesía, Pedro sufrió terribles dolores de muelas, y se le puso la cara tan hinchada que el practicante tuvo que extraérsela con un alicate cauterizado, porque en la enfermería no había fórceps sacamuelas.

A pesar de la esterilización, la herida se le infectó y empezó a tener fiebres muy altas y a perder la consciencia. Por las noches los marineros no podían dormir oyendo los lamentos que provenían de la enfermería. El grito desgarrado del nombre de su amada se escapaba por las rendijas y se mezclaba con la espuma de las olas. Pero ella no le podría oír, y él lo sabía. La fiebre no le impedía escuchar las conversaciones del médico con el ayudante. Aún quedaban nueve días para llegar a puerto, y no parecía mejorar con los remedios que le suministraban.

El cinco de febrero, madres, esposas e hijos esperaban impacientes en el muelle la llegada de los hombres que volvían de Terranova tras la temporada de pesca. Se arremolinaban en el estrecho dique esperando ver aparecer a lo lejos el barco que atracaría justo para la fiesta más destacada del pueblo: la romería de Santa Águeda.

Pedro llegó también, pero no salió por su propio pie. Le sacaron en uno de los cajones de aluminio que se utilizaban para poner en el hielo las piezas de bacalao. Había muerto aquella misma mañana, tan solo unas horas antes de atracar.

La infección que contrajo le había llegado al hueso, lo que le provocó una septicemia en la boca, garganta e intestinos.

Nadie pudo imaginar que fue fruto de la casualidad. Todos lo achacaron a la venganza de la santa que llevaba el mismo nombre que la desdichada tejedora.



Esta es la leyenda que me contó mi abuela durante una tarde de jueves santo en la que, por culpa de la lluvia, no pudieron salir las procesiones. Sentadas las dos frente a la lumbre, escuché con atención aquella triste historia. En el pueblo dicen que cada 5 de febrero, día de Santa Águeda, se pueden oír los gritos de Pedro si te acercas al puerto a la hora del crepúsculo. Llegan de la mar donde estuvieron reposando durante años. Aunque no acabo de creer en la venganza de la santa, lo cierto es que desde entonces, cada aniversario me doy una vuelta por allí por si acaso, pero nunca vi ni oí nada.

65. BILBAO - Palomar del Arenal
L. Roisin, fot. - Barcelona



Este palomar, fue instalado en el Arenal siendo alcalde Federico Moyúa, a petición de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas. Se colocó una fuente de agua para que bebieran las palomas. Posteriormente fue trasladado al parque de Doña Casilda.

EL NIDO
VACÍO

SALOMÉ GUADALUPE
INGELMO

MODALIDAD CASTELLANO

ACCÉSIT

Camina lentamente con la vieja fotografía en blanco y negro en la mano. Escruta cada rincón intentando reconocer alguno de los detalles que la cámara inmortalizó tantas décadas atrás. Pero sus esfuerzos resultan vanos; ya nada es como era. Todo parece más nuevo y lleno de colores. Quizá también más alegre, a pesar de todo. Tras mucho buscar el soberbio palomar en piedra que su imaginación infantil convirtió antaño en un castillo, se da por vencido y se sienta en un banco frente a un grupo de palomas que picotean por el suelo. Sólo ellas parecen no haber cambiado. En la vida real siguen teniendo el mismo color ceniciento de la foto.

Las grandes aves plúmbeas vuelan sorprendentemente ligeras sobre nuestras cabezas.

—¡Mira, mamá, mira! —exclamo al tiempo que señalo hacia el cielo.

Pero mi madre no parece compartir mi entusiasmo. Tira de mí aún con más impaciencia. Ése es uno de los pocos recuerdos que conservo de ella. El paso de los años ha terminado por borrar su rostro. Y, sin embargo, recuerdo su mano firme apretando

la mía hasta hacerme daño, llevándome casi a rastras por una carretera plagada de mujeres y niños de todas las edades.

Vuelan como bandadas de palomas ruidosas, pero disciplinadas. Cuando abren sus panzas, dejan caer sobre nosotros relucientes huevos preñados de muerte. Siembran el desconcierto y el terror.

Volvíamos a Bilbao tras haber ido en busca de mi padre, siguiendo las pocas pistas que quedaban de él. Pero no regresamos a nuestra casa, sino que proseguimos hacia Santurce. Recuerdo los aviones pasando sobre nuestras cabezas, las explosiones, la gente corriendo campo a través, huyendo despavorida de la carretera...

También mi madre nos hace salir de la carretera y corremos entre los rastrojos, que me arañan las tiernas rodillas. Pero yo no me quejo, porque intuyo que me tengo que comportar como un hombre. Querría poder correr más deprisa para contentar a mi madre, pero mis piernas son aún muy cortas y me siento demasiado cansado. Al final, mi hermano mayor me coge en brazos y carga conmigo hasta que la bandada se cansa de jugar con nosotros y se aleja. Atrás quedan decenas de cuerpos tendidos en el suelo. Para algunos ya no tiene sentido seguir adelante, porque han perdido lo único que les importaba poner a salvo.

Paradójicamente, a medida que nos acercamos a nuestro destino, mi madre empieza a aminorar la marcha. En las proximidades del puerto se para y se dirige a mi hermano mayor.

–Yo no iré con vosotros.

–Pero, madre...

–No puedo marcharme mientras exista una esperanza de que vuestro padre esté vivo..., por muy pequeña que sea. Tengo que volver a buscarle –interrumpe ella.

–Y yo no me marcharé dejándola aquí sola –replica mi hermano con una firmeza que, a pesar de sus escasos dieciséis años, no deja lugar a dudas.

Ambos me miran a un tiempo. Y yo comprendo que la decisión ya está tomada. No importa lo que yo haga o diga; tengo sólo seis años.

Mi madre me repite que no me aleje de la vecina, maestra de profesión, y que sea obediente. Con un imperdible, me cuelga de la solapa un papel con mi nombre escrito y me dice que no me lo quite, que es muy importante que recuerde mis apellidos y les diga a los desconocidos que no soy huérfano, que yo tengo un padre y una madre que me reclamarán un día.

Mi hermano me revuelve el cabello y mete una fotografía en mi bolsillo.

–Esto es para que no te olvides de mí –me dice–. Entonces yo tenía más o menos tu edad. No se me ve muy bien, pero no importa. Dentro de poco esto habrá terminado y tú volverás, y

podrás mirarme cuanto quieras. Regresarás hecho un hombre y hablando otra lengua, y todos estaremos muy orgullosos de ti. Tienes que ser valiente.

Yo le digo que lo seré. Pero cuando la vecina intenta subirme al barco, me resisto. A pesar de mis esfuerzos por no hacer pucheros, noto cómo dos gruesos lagrimones calientan mis mejillas a su paso.

—¿Se lo dirás a padre? —pregunto preocupado a voces mientras la vecina me arrastra por la pasarela.

—Le diré a padre lo valiente que has sido —me tranquiliza mi hermano.

Mientras el barco zarpa, muchos niños y algunas mujeres se asoman por la borda llorando. Yo soy demasiado pequeño para alcanzar la barandilla. Al final, la vecina me aúpa para que pueda ver cómo mi familia se despide de mí desde el muelle. Y ésa es la última vez que veo a mi madre y a mi hermano.

Cuando era pequeño, mi padre solía decirme que los hombres no lloran. Entonces yo pensaba que mi padre tenía la razón en todo y viviría para siempre. Pero ese espejismo duró sólo lo que duró mi infancia, que fue demasiado breve. Después crecí y comprendí de golpe que mi padre era sólo un hombre, que sangraba cuando le herían y que a veces también se equivocaba.

Aparta la vista de las palomas –quizá intentando alejar todos esos recuerdos– y se centra en el chiquillo de la foto. Quién sabe qué aspecto tendrá ahora su hermano. Probablemente ni siquiera será capaz de reconocerle. Sólo recuerda de él el agradable olor a tabaco de sus ropas durante esa carrera bajo las bombas.

–Te dije que volverías hecho un hombre –dice la cascada voz de un desconocido casi nonagenario.

–¿Hermano? –evidentemente, en nada se parece al niño de la foto, pero hay algo en sus ojos que no ha cambiado.

–Te he reconocido por eso –explica señalando con su bastón el pedazo de papel surcado por pequeñas arrugas, como el rostro de ambos ancianos.

–No me he separado nunca de ella. Por eso está tan ajada.

–No importa que las cosas se estropeen de mucho usarlas. Lo malo es cuando se vuelven viejas e inservibles sin que nadie repare siquiera en ellas.

–Nunca intenté buscarte, porque creía que estabas muerto. De no ser porque vi la entrevista que te hicieron en ese programa de televisión, nunca nos habríamos vuelto a encontrar. Cuando llegó la noticia de la defunción de madre y de tu ingreso en prisión, decidieron darme en acogida a una familia. Me trataron muy bien. Incluso intentaron obtener información sobre ti.

Les dijeron que te habían abatido durante un intento de fuga del penal. Puede que cometiesen un error, o que simplemente lo hiciesen por maldad. Algún tiempo después indagaron de nuevo, pero no parecía haber rastro de ti en el pueblo. De modo que se dieron por vencidos. Y yo también me resigné a aceptar que ya no quedaba rastro de mi primera familia.

—Después de la fuga pasé la frontera y me quedé en Francia durante varios años. No volví al pueblo hasta mucho después. Yo también intenté dar contigo. Quería cumplir la palabra que le había dado a aquel chiquillo al que despedí en el puerto, pero me fue imposible. Evidentemente, para entonces ya habías cambiado de apellido.

—¿Encontrasteis a padre?

—No, pero logramos descubrir dónde está enterrado. Es un bonito paraje. Le cubre la hierba fresca y los árboles le dan sombra. Esta tarde te llevaré, si quieres. Le pediré a mi nieto que nos acerque con el coche.

—¿Tienes muchos nietos?

—Tengo hasta biznietos. Soy un venerable anciano. No como tú, que estás hecho un chaval. Casi como cuando te marchaste. ¿Has conseguido reconocer algo de la ciudad?

—Aún no he podido ver mucho, pero nada me resulta familiar. En realidad, mis pocos recuerdos son en blanco y negro, como

esta fotografía. Después de tantos años, ya no sé si son reales o sólo el producto de mis pesadillas infantiles, un espejismo al que mi inconsciente dio forma a fuerza de tanto mirar esta imagen.

–Tu memoria no te engaña. Aquellos años fueron realmente en blanco y negro.

–Estaba tan nervioso por nuestro encuentro que no aguantaba más en el hotel. He llegado con mucha antelación y me he puesto a buscar el palomar que mirabas en la foto, pero no he encontrado ni rastro de él.

–Lo derribaron hace demasiados años, en los cuarenta.

–¿Y el enorme tilo del que me hablabas cuando era pequeño?

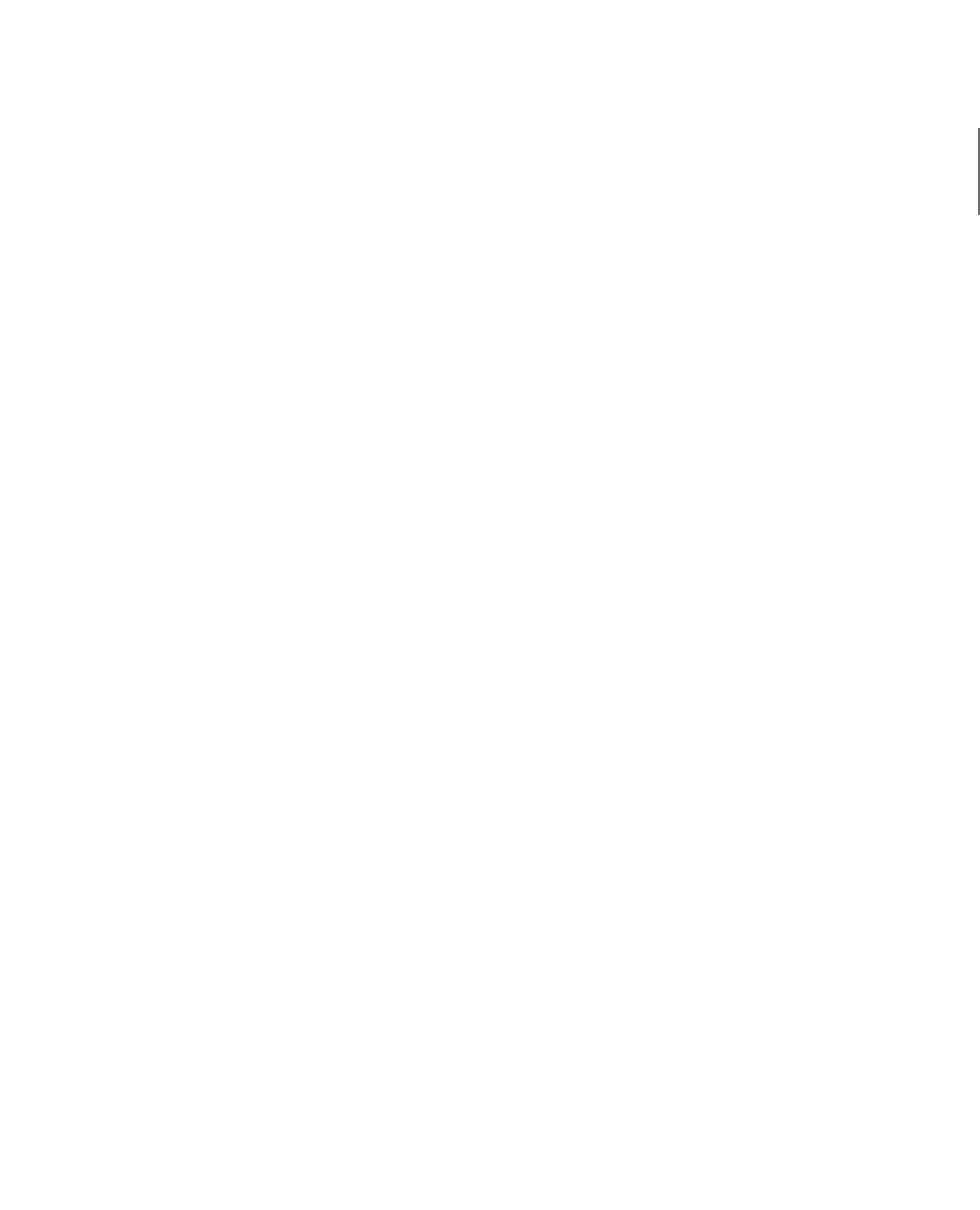
–Ya no podrás verlo. Una tormenta lo abatió en el cuarenta y ocho.

–¿Sobrevivió algo a aquellos años? –pregunta apesadumbrado.

–El viejo tilo resistió hasta el final, recio como siempre fue, y un hijo suyo vive aún en el parque de Amézola. El palomar fue trasladado al estanque del parque de Doña Casilda, donde además de palomas hay patos y cisnes. La verdad es que está bastante cambiado. Nada tiene que ver con la elegante construcción de la foto. A mí me parece más bien una moderna nave espacial, pero hay que saber adaptarse a los tiempos. Al fin

y al cabo, tampoco nosotros somos los mismos, ¿no? Porque lo importante es resistir en pie, hermano, aunque sea con achaques y remiendos.





AURKIBIDE

ÍNDICE

- 8 • CARBÓN EN LA PIEL. Carlos Bajo Erro
- 14 • KANTERAKO HARRIA BAINO GOGORRAGOA. Mikel Azkarraga Etxegibel
- 26 • EL BOU SOLITARIO. Félix G. Remírez Salinas
- 38 • UNA VIEJA POSTAL DEL CAFÉ BOULEVARD. M^a José Toquero del Olmo
- 48 • VIEJA CANCIÓN DEL NORTE. Pedro José García Gambín
- 60 • LA ESTACIÓN DE CAMELO. Almudena Bustamante Anibarro
- 70 • EL ALA NORTE. Elena Fernández Alonso
- 80 • TESORO EN SEPIA. Gorka Garmendia Pérez
- 94 • LOS VIAJES DEL HAMBRE. M^a Isabel Anda Ugarte
- 106 • MEMORIAS DE OTRA VACA. Javier Revilla Cuesta
- 116 • SANTA ÁGUEDA LA VENGADORA. Consolación Acevedo Pérez
- 124 • EL NIDO VACÍO. Salomé Guadalupe Ingelmo

Este libro se terminó de imprimir sólo dios sabe cuándo y no tenemos ni idea de si las erratas son nuestras o de la imprenta, o de quien llevó y trajo tantas veces las pruebas a corregir. En todo caso, pedimos disculpas a quien proceda y damos las gracias a quien corresponda.

Diruz Laguntzen Dute
Subvenciona



Bizkaiko Foru Aldundia
Diputación Foral de Bizkaia
Kultura Saila
Departamento de Cultura

Deialdiaren Egilea
Convoca



GLOBALKULTURA
ELKARTEA

